PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

PSICOLOGÍA CLÍNICA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE PSICÓLOGA CLÍNICA

El *vaciamiento* del gran Otro en la adolescencia
estudio realizado desde el psicoanálisis.

JOSSELYN STEFANY RIOFRÍO ROMÁN

DIRECTOR: MTR. CARLOS TIPÁN MEZA

QUITO, 2021

No se nos dice, pues, cómo el joven se las arregla
de pronto para tomar el mundo “tal y como es”

Marx en Ideología Alemana (1932)

TABLA DE CONTENIDO

ÍNDICE DE FIGURAS iv

RESUMEN v

ABSTRACT v

INTRODUCCIÓN 1

CAPÍTULO 1. SOBRE ADOLESCENCIA 3

1.1. Algunas consideraciones históricas sobre adolescencia 3

1.2. Algunas referencias sobre adolescencia en la literatura psicoanalítica 11

CAPÍTULO 2. EL GRAN OTRO 21

2.1. Aproximaciones dentro de la obra freudiana 21

2.2. Aproximaciones desde la obra lacaniana 24

2.2.1 El circuito de la palabra y el esquema L. 26

2.2.2. El complejo de Edipo: inscripción simbólica 29

2.2.2.1. Complejo de Edipo: tres tiempos lógicos 33

3. Hacia el vaciamiento del gran Otro: escritura de S(Ⱥ) y constitución del fantasma ($◊*a*) 36

CAPÍTULO 3. El Vaciamiento del gran Otro en la adolescencia 41

3.1. La cuestión de la negatividad: de la filosofía al psicoanálisis 41

3.2. El Otro en la adolescencia 46

3.3. El Otro sin Otro 47

3.3.1. Pero, ¿qué es la autoridad? 48

3.3.2. Clínica del vacío: efectos del vaciamiento del Otro en la adolescencia 52

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES 57

4.1 Conclusiones 57

4.2 Recomendaciones 61

BIBLIOGRAFÍA 62

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1: Esquema óptico en Lacan (1959-1960/2009) ……25

Figura 2: Esquema L en Lacan (1954-1955/2008) ……28

Figura 3: Triángulo imaginario y triángulo simbólico en Lacan (1957-1958/2010) …….33

Figura 4: Esquema sincrónico de la dialéctica del deseo en Lacan (1958-1959) ……...37

Figura 5: Esquema sincrónico de la dialéctica del deseo en Lacan (1958-1959) ……...38

Figura 6: Grafo del deseo en Lacan (1958-1959/2015) ……..…..39

RESUMEN

La constitución del sujeto hablante pone de manifiesto la primacía de lo simbólico sobre lo biológico, empero su inscripción en el mundo del lenguaje no lo desentiende del contexto social e histórico. La adolescencia ha sido comprendida en el imaginario social (como se encuentra argumentado por las ideas de Stanley Hall), como ese periodo crítico propio de la vida del ser humano, que se caracteriza por situaciones de tormenta y estrés. Debido a esto, la presente investigación parte de la interrogante ¿Qué es la adolescencia para el psicoanálisis? Es así que, a partir de la discusión psicoanalítica freudiana y lacaniana, se comprende a la adolescencia como un tiempo lógico, que supone una metamorfosis de carácter libidinal y subjetivo, y está depende de la relación del sujeto con el gran Otro. A continuación, retomando las elaboraciones lacanianas sobre el concepto del gran Otro, como un lugar en el que no hay nadie, pero al cual el sujeto siempre busca regresar, se ensaya lo que Lacan escribe como S(Ⱥ). A partir de ahí se ha propuesto abordar como objeto de esta tesis la cuestión ¿de qué se trata el vaciamiento del gran Otro en la adolescencia? conforme a la elaboración de Martine Lerude.

ABSTRACT

The constitution of the speaking subject reveals the primacy of the symbolic dimension over the biological one, but the inscription in the world of language does not disregard the social and historical contexts. Adolescence has been understood in the social imaginary (as it is argued by the ideas of Stanley Hall), as that critical period of the life of the human being, characterized by situations of storm and stress. Because of this, this research starts from the following question: What is adolescence for psychoanalysis? Thus, from the Freudian and Lacanian psychoanalytic discussion, adolescence is understood as a logical time, which supposes a metamorphosis of libidinal and subjective character, and it depends on the relationship of the subject with the Great Other. Then, by means of the Lacanian elaborations on the concept of the big Other, as a place in which there is no one but to which the subject always seeks to return, what Lacan names as S(Ⱥ). From there, this thesis has been proposed to address the question, what is the emptying of the big Other in adolescence?

INTRODUCCIÓN

El trabajo de Martine Lerude sobre "La cuestión del Otro en la adolescencia" (2008) dio lugar a la pregunta que da cuerpo a la presente disertación, la cual se plantea en el interés de conocer la lógica en la cual se produce el vaciamiento del gran Otro en la adolescencia, según el psicoanálisis. Por tanto, los términos adolescencia, gran Otro y vaciamiento son cuestionados a partir de la teoría psicoanalítica para discutir su posible articulación.

El primer capítulo está dedicado a la relectura del término adolescencia, tomando en cuenta algunas consideraciones históricas importantes al momento de su surgimiento, así por ejemplo se encuentra la referencia de Marco Terencio Varrón como la primera que subraya que se denomina adolescentes porque están creciendo (Ezquerro, 2017). Asimismo, se revisa el proceso histórico conocido como Revolución Industrial en tanto transformó los modos de existencia del ser humano, particularmente los que afectaban a los menores de 18 años con respecto a sus derechos dentro del contexto social y político, separándolos en un grupo etario que requiere mayor atención razón por la cual fue considerado el estudio psicológico de Stanley Hall (1904) como la base científica que respaldaría las decisiones políticas. Del mismo modo, se consideran algunas referencias en la literatura psicoanalítica, partiendo del padre del psicoanálisis Sigmund Freud quien se refirió más precisamente con el término de pubertad como aquel "periodo de transición" (1905, p. 215) en la vida psíquica; Lacan no escribió mucho sobre adolescencia, sin embargo, se refirió a ella como una metamorfosis libidinal. Serán los alumnos de Lacan quienes continúen el estudio sobre la adolescencia contando con las distintas elaboraciones lacanianas, para decir finalmente, que se trata de "un tiempo lógico de mutación subjetiva, de un cambio de posición subjetiva" (Lerude, 2008, p. 89).

El segundo capítulo contiene un breve recorrido sobre el gran Otro en la obra lacaniana que según el mismo Lacan se trataba del retorno a la obra freudiana. Repasar las aproximaciones del término gran Otro en Freud permite identificar las primeras elaboraciones teóricas escritas en "La Carta 52" (1896) y, también en "El Proyecto de psicología" (1895). Además, se procura una lectura del Esquema óptico y del Esquema L como una contribución necesaria para entender el lugar del gran Otro en la constitución del sujeto del lenguaje. En este mismo contexto, se encuentra necesario repasar el complejo de Edipo acuñado por Freud y continuado por Lacan, considerando de igual modo el papel del complejo de castración.

Finalmente, en el tercer capítulo, se estudia la articulación entre la adolescencia y el gran Otro a partir del punto en que este recorrido permite al sujeto adolescente introducir el matema S(Ⱥ) significante de una falta en el Otro. Lerude subrayará que "decir que el gran Otro está vacío quiere decir que está vacío de una respuesta" (2008, p. 34) que indique cuál es el lugar que deberá ocupar el sujeto para ser el buen hombre o la buena mujer. En este sentido, se dedican unas líneas para exponer precisamente el Otro en la adolescencia que se organiza en los tres registros que introdujo Lacan: lo simbólico, lo imaginario y lo real; de allí se termina considerando los efectos del encuentro del sujeto adolescente frente al vaciamiento del Otro.

CAPÍTULO 1. SOBRE ADOLESCENCIA

No existe, en sentido estricto, psicoanálisis de niños, de adolescentes o de adultos, estos tres términos aparecen como premisas categóricas del proceso de maduración natural del ser humano a partir de una tesis evolutiva de la psicología del desarrollo humano. La adolescencia no es un concepto propio de la teoría psicoanalítica, sin embargo, existe un trabajo clínico que se propone a partir de esta que procura una práctica frente a un *parlêtre* [hablaser], es decir, frente a un ser que "sucede que habla, y que, por habitar el significante, resulta sujeto" (Lacan, 1975, p. 107) lo cual da cuenta que, el sujeto es efecto de la cadena de significantes, su nacimiento no se produce como un evento natural, sino como un "acontecimiento legislado, reglado por el lenguaje" (Braunstein, 2005, p, 102).

Desde el psicoanálisis, el sujeto "eso que antes no era nada, nada sino sujeto a punto de advenir" (Lacan, 1964, p. 206) nace a construirse, es decir, a organizarse y estructurarse subjetivamente en relación con el Otro, así para que el ser humano pueda devenir como sujeto que está sujetado al lenguaje, se espera que atraviese un trabajo de subjetivación que permitirá su inscripción en un mundo simbólico. Esto ocurre primordialmente en un orden lógico y no solo en un orden cronológico que puede ser descrito mediante el calendario del proceso de desarrollo madurativo.

1.1. Algunas consideraciones históricas sobre adolescencia

La primera referencia escrita sobre adolescencia se remonta a la época de Marco Terencio Varrón (116-27 años a. C.) quien escribió "*adolescentes ab alescendo sic nominatos* (a los adolescentes se les llama así porque están creciendo)" (Ezquerro, 2017, p. 125). El término en español adolescencia apareció en 1444, viene del latín *adolescentia* [juventud] el mismo que dio lugar a su vez, al término adolescente que fue tomado de igual modo del latín *adolescens* que es el participio activo del verbo latín *adolescêre* [crecer]. Algo semejante sucedió con el término español adulto, viene del latín *adultus* [adulto] que es en cambio el participio pasivo del mismo verbo. De ahí que se entiende que adulto es, a diferencia de adolescente, alguien que ya creció (Corominas, 1987). El término *adolescentes* apareció inicialmente, para referirse a aquellos que se encontraban todavía creciendo, y así diferenciarlos de los *infans* y de los *adultus,* estos últimos que ya habían cumplido su crecimiento en cuanto desarrollo madurativo.

A pesar que hoy, el uso que se le da a los términos adolescencia y adolescentes desde la psicología, particularmente de la psicología del desarrollo humano, conserva este

propósito de diferenciación inicial, no es el único; ya que la división del desarrollo humano en etapas (infancia, niñez, adolescencia, adultez, vejez) supone además un esclarecimiento que avizora una importante contribución en diferentes sistemas de servicios: médico, pedagógico, legal, social, entre otros; en la medida en que, existe el interés de "promover el desarrollo integral de los individuos durante todo el ciclo de vida" (Senplades, 2017, p. 36). En este sentido, encontrar el término adolescencia para designar una franja etaria, no es gratuito, deviene además de un proceso histórico que se recuerda como Revolución Industrial que inició en el siglo XVIII en Occidente.

De este proceso, conviene subrayar tres eventos que se produjeron inicialmente de manera paralela al cambio que devino en la economía, pero que resultan medulares en tanto y en cuanto transformaron los modos de existencia del ser humano. El primero estuvo influenciado por el aparecimiento de la legislación laboral y de la división del trabajo conjuntamente, originado inicialmente en Europa a partir de la aprobación de varias Leyes de Fábrica[1]. Las mismas que afectaron particularmente a los menores de 18 años ya que se estableció y aprobó progresivamente la regulación de la jornada laboral (Silva Otero y Mata de Grossi, 2005) que limitó la permanencia de los menores dentro de las diferentes fábricas, puesto que, se prohibió el trabajo a los menores de 9 años y, ningún menor podía trabajar en la noche; los menores entre 9 y 13 años no podían trabajar más de 9 horas diarias, mientras que los menores entre 13 y 18 años no podían hacerlo más de 12 horas diarias; todos los menores debían asistir a la escuela como mínimo 2 horas diarias (The National Archives, 2020).

El segundo evento tiene una estrecha relación con la pedagogía, con los modos de impartir la educación en las escuelas. Las ideas pedagógicas de Rousseau, recogidas principalmente en Emilio (1762), ocuparon un papel decisivo en lo que concierne al modelo educativo, pues como él escribe, no solo se detuvo a criticar el método utilizado hasta entonces, sino que su trabajo tuvo tal impacto que dio lugar a un modelo educativo diferente que procura – en consonancia con la división que realiza el autor en cinco libros – tomar en cuenta el desarrollo del ser humano. Rousseau propone acompañar a Emilio durante 25 años, tiempo durante el cual distingue cinco etapas y entre ellas hace referencia (en el libro tercero) al "tercer estado de la niñez" (1762, p. 204), que hoy se podría nominar preadolescencia, que sitúa entre los doce o catorce años; para él, no solo es una

[1] especialmente: The Factory Health and Moral Acts (1802), Factory Act (1819) y Factory Act (1833).

época de fuerza, sino que es, según la naturaleza, "el tiempo de trabajar, de instruirse, de estudiar" (1762, p. 206). A esta, le sigue la adolescencia en donde – según su apreciación – se produce el verdadero nacimiento del hombre a la vida, cuyo desenlace ubica alrededor de los 20 años (Rousseau, 1762).

El tercero tiene que ver con los dos primeros, y surge al considerar el papel que la educación cumple como principal herramienta en aras de erradicar el trabajo infantil. El mismo que, debido a que no siempre existió una distinción precisa con relación a la edad entre niños y adolescentes, continuó incluyendo a ambos en un grupo común conocido como menores. Así es como, con miras hacia la emergente protección de este grupo, después de varios años de discusión, finalmente en 1989 se consiguió a través de La Organización de las Naciones Unidas efectuar la Convención sobre los Derechos del Niño donde "se entiende por niño todo ser humano menor de dieciocho años de edad, salvo que, en virtud de la ley que le sea aplicable, haya alcanzado antes la mayoría de edad" (UNICEF, 2015, p. 8). Dicha convención se llevó a cabo inicialmente entre los primeros países industrializados puesto que en medio del apogeo industrial se incrementó la preocupación por la defensa y protección de los menores, instando mediante la misma, a que estos no solo consigan disfrutar de su infancia, sino que les esté garantizado no realizar ningún tipo de trabajo que pueda poner en peligro su salud, educación o desarrollo (UNICEF, 2015).

Así, después de la referencia de Marco Terencio Varrón, se localiza una segunda referencia que permite reconocer a la adolescencia dentro del contexto social y político, a partir de estos tres eventos recién mencionados, los cuales no solo cuestionaron la legalidad del trabajo infantil, el tiempo de escolarización o de la dependencia familiar; sino que sirvieron como argumento para dar lugar a que la adolescencia empiece poco a poco a tomar protagonismo como una franja etaria particular de la vida del ser humano que exigía ser definida básicamente para establecer y anticipar las leyes, las políticas sociales y los sistemas de servicios que esta etapa precisa para que le pueda ser garantizado lo dicho en el párrafo anterior. Y, para asegurar que así sea, no faltaron quienes procuraron el objeto de sus investigaciones al estudio del ser humano, especialmente en el campo de la psicología, dedicar sus investigaciones para hallar y enmarcar las características y necesidades psicológicas particulares de los adolescentes.

El primer estudio exhaustivo dentro del campo de la psicología fue publicado en Estados Unidos hace poco más de un siglo, en 1904 por Stanley G. Hall. Aunque, pueden

hallarse en años anteriores, varios artículos que revisen también la adolescencia dentro de este campo. Se considera a "La adolescencia: su psicología y sus relaciones con la fisiología, la antropología, la sociología, el sexo, el crimen, la religión y la educación" como la obra que marcó el inicio de la historia de la literatura psicológica sobre la adolescencia y los adolescentes. Esta obra es importante dentro de esta revisión histórica por esta razón y algunas otras que se referirán a continuación.

Sin duda fue el primer estudio exhaustivo, sin embargo, es inevitable recalcar que la revisión que allí se realizó, se produjo no a partir de observaciones clínicas, sino que se originó a partir del empleo de cuestionarios que permitieron la recolección y el análisis de una gran cantidad de datos empíricos que además estuvo influenciado por una visión romántica de la adolescencia, específicamente del movimiento literario desarrollado en Alemania conocido como *Sturm and Drang*. En este sentido, se refirió a la adolescencia, que según su investigación comprendía de los 14 a los 24 años de edad aproximadamente, como un "periodo de tormenta y estrés" (Hall, 1904, p. 71) de la vida del ser humano.

De la misma forma, y pese a que las ideas de Hall también destacaron en el ámbito pedagógico en lo que respecta a la metodología de la división estudiantil; sería necio obviar que esta obra haya sido fuertemente criticada desde su publicación por diferentes profesionales en múltiples campos, especialmente de la medicina, de la historia, de la antropología, y de la sociología. Por ejemplo, Hamilton Cravens resalta que el autor pone en evidencia durante los dos volúmenes "actitudes étnicas, raciales y de género […] típicas del estrato de clase media protestante anglosajona blanca al cual él pertenecía" (Arnett & Cravens, 2006, p. 172). Por su parte, Krausman Ben-Amos, en cambio afirma que lo que publicó realmente fue "un análisis de los trabajadores jóvenes en un contexto industrial urbano" (1995, p. 75). Contrario a lo que se esperaría, estos datos no pretenden anular las pinceladas teóricas que pudo promover este autor.

Efectivamente, no habría tiempo para revisar la meticulosa descripción que ofrece tanto en el primer como en el segundo volumen. Pero de manera rápida se recoge de allí dos anotaciones, la primera es que la adolescencia tal como lo presenta, y considerando la influencia filogenética, es un periodo crítico, que anuncia un "segundo nacimiento fisiológico" cuyo objetivo es alcanzar la naturaleza superior del hombre que iniciaría con la pubertad o en sus propias palabras "con la nueva ola de vitalidad que se observa en el crecimiento; en las modificaciones de casi todos los órganos; los nuevos intereses, instintos y tendencias; aumento del apetito y la curiosidad" (Hall, 1904, p. 306). Como

segunda anotación, dedica algunas líneas del segundo volumen para hablar de la patología psicológica en la adolescencia y su tratamiento; no obstante, cuando utiliza las palabras tormenta y estrés lo hace universalmente. Dando a entender así, que, la adolescencia es un periodo del desarrollo del ser humano cuya característica normal es justamente una "metamorfosis de tormenta y estrés" protagonizada por grandes dificultades y, situaciones tormentosas que ocurren durante la segunda década de la vida, justo antes de alcanzar la etapa de la adultez (Hall, 1904).

En la medida en que, es a partir de aquí, que se produjo una primera conceptualización de la psicología de la adolescencia que se difundió prematuramente entre muchos otros especialistas de las ciencias sociales, se intensificó de manera bastante rápida la propuesta de Hall y se fijó con mucha fuerza la creencia de que los adolescentes

> experimentaban agitación tanto en sus emociones como en sus relaciones, […] era una época de oscilación continua de tendencias contradictorias. […] la inercia y el letargo podían estar seguidos de alegría exuberante, el altruismo y el egoísmo coexistían uno al lado del otro, y que está presente la necesidad de conformidad al mismo tiempo que un deseo de desafiar los valores y los modos de comportamiento existentes (Coleman y Hendry, 2007, p. 220).

Y, fue esta conceptualización la que por un lado despertó y a la vez acentuó la preocupación por parte de los pedagogos para que se involucren cada vez más en el conocimiento de las incipientes necesidades del desarrollo de sus alumnos adolescentes y así adecuar su metodología tomando en cuenta lo dicho en el párrafo anterior. Y por otro lado también condescendió que quede confirmado entre los teóricos dentro y fuera del campo de la psicología que en cuanto este periodo tormentoso finalmente culminara, se espera que los adolescentes cuenten con facultades para ingresar al mundo adulto, como si la adolescencia se tratase de un tiempo para prepararse. Ahora, cabría preguntarse de qué se trata o a qué correspondería tal, y nuevamente las respuestas encuentren estrecha relación con la sociedad circundante, en lo que respecta a la elección de una carrera, el rol social a desempeñar, el estilo de vida. Razón por la cual, se observa la dificultad que ha habido – y continúa habiendo – para investigar sobre esta, sin que sea necesario, hacerlo también en el campo sociológico y antropológico desde que apareció la adolescencia en la literatura psicológica.

Años más tarde, se halla otra investigación, esta vez publicada por la antropóloga norteamericana Margaret Mead cuyo título original es *Coming of age in Samoa,* cuya

traducción al español pudo haber sido: Mayoría de edad en Samoa, sin embargo, su título en español intenta ser mucho más abarcador: "Adolescencia, sexo y cultura en Samoa" (1939). Esta investigación se llevó a cabo con la intención de refutar las conjeturas sobre la universalización de la adolescencia como un periodo tormentoso propio de la vida del ser humano. Ahora bien y con el pretexto que esta no es de gran extensión, se permitirá mencionar varias ideas importantes para este trabajo. La duda que abrió paso a su valiosa aportación, fue si acaso los peligros y dificultades que había descrito su compatriota Hall "¿se debían […] al hecho de ser adolescente o al de ser adolescente en los Estados Unidos?" (Mead, 1939, p. 26) o sea que podría tratarse más bien del efecto de la civilización en la que se ubiquen y no de un fenómeno universal.

Sus observaciones dieron lugar a pensar que podía existir más de un modo de experimentar y vivir el paso de la niñez a la adultez, que en civilizaciones como la de Norteamérica se asignó el estatuto de adolescencia, y en algunas otras civilizaciones como la samoana o incluso las más primitivas, no se otorgó un nombre preciso a este periodo, aunque se observó que los cambios que acompañaban la pubertad eran parte del pasaje indoloro de la niñez a la condición de mujer u hombre, esto es una posición social dentro de su comunidad.

Mead se preocupó por estudiar a las 68 muchachas más jóvenes, que tenían entre 9 y 19 años de edad aproximadamente (ya que allí nunca se podía determinar la edad verdadera) que vivían en las tres aldeas de la Isla de Samoa, aunque finalmente se dedicó con más detalle a 50 de ellas. A partir de la experiencia y vivencia de cada una de ellas, señaló que "la adolescencia no es necesariamente un periodo de tensión y conmoción, sino que las condiciones culturales la hacen así" (1939, p. 217). Cuyo envés sugiere que "la sociedad reclama decisiones" (1939, p. 218) que compromete la adaptación de los adolescentes a la necesidad de elección entre un sinnúmero, cada vez mayores, de posibilidades; parece que "el adolescente siente que debe planificar su vida, controlar los cambios; necesita adaptar el mundo externo a sus necesidades imperiosas" (Aberastury y Knobel, 1989, p. 23) lo que produce tensión, conmoción y angustia, en tanto que estas elecciones suponen un papel decisivo para ser reconocidos como adultos, como si este reconocimiento se tratara de la posibilidad de ocupar una posición particular con independencia a la que elijan ocupar los otros.

Pero ¿qué hace que esta investigadora esté convencida que es la organización de la civilización lo que altera el pasaje por la adolescencia y no la pubertad? Sabiendo que

este es un concepto "biológico y se inicia al segregar la hipófisis anterior las hormonas gonadotrópicas a la vez que hay un aumento de secreción de las glándulas suprarrenales. A partir de ahí, se experimenta un cambio morfológico-fisiológico (crecimiento, maduración sexual, caracteres sexuales secundarios)" (Moraleda Cañadilla, 1994, p. 117). ¿Qué observa como ausente en la civilización samoana? ¿Tal vez es el hecho de que se trata de una civilización más primitiva, más simple y en la cual se nota que es posible mucha más homogeneidad en el tiempo de lo que se espera y demanda por parte de sus miembros? Considerando que de sus observaciones, se comprende explícitamente que la civilización norteamericana no solo es más compleja y moderna, sino que además es sorprendentemente heterogénea con relación a sus normas culturales y religiosas, por ejemplo: la organización familiar, la actitud hacia el inicio del acto sexual, la alimentación, la vestimenta, el arte, entre otras que dictaminan los modos de comportarse, los roles que desempeñan tanto hombres y mujeres participes de aquello que se reconoce de manera consensuada a nivel social como mundo adulto.

Entonces, sería posible una mayor aproximación para responder a estas interrogantes si se tiene en cuenta que "el factor que hace del crecimiento, en Samoa, un asunto tan fácil y sencillo" (Mead, 1939 p. 187) es precisamente un marcado clima de indiferencia. De modo que parecería que no hay mucho riesgo, ya que

> Nadie sufre por sus convicciones o pelea hasta la muerte por sus objetivos […] Ni la pobreza ni grandes desastres amenazan a la gente para que ésta se aferre a su vida y tiemble por la continuidad de su existencia. No existen dioses implacables, prestos a la ira y severos en el castigo, que perturben el curso uniforme de sus días […] A nadie se le apura en la vida ni se le castiga ásperamente por su lentitud […] Y en las relaciones personales, la preocupación es igualmente leve. […] No hay elecciones catastróficas (Mead, 1939, p. 187, 188, 189).

Se podría terminar esta discusión aquí, concluyendo que la adolescencia como etapa natural del desarrollo humano no existe y repetir que es más bien un fenómeno artificial – creado y promovido por aquellas sociedades o por aquellas culturas que han sido influenciadas de alguna u otra manera en un tiempo particular de su historia – cuya duración es cada vez más difícil de establecer, ya que depende estrechamente de "los acondicionamientos culturales por medio de los cuales una sociedad asegura el paso del estado de infancia al estado de adulto" (Claes, 1986, p. 35) que además variarán siempre "en función de las épocas, las culturas, las costumbres e incluso los medios

socioeconómicos" (da Conceição Taborda-Simões, 2005, párr. 4). Sin embargo, este no es un estudio de naturaleza sociológica o antropológica (cuyo análisis es totalmente legítimo), esto quiere decir que todavía queda camino que recorrer mucho más allá de "lo que las sociedades hacen (o no hacen) para facilitar el acceso a la condición de adulto" (da Conceição Taborda-Simões, 2005, párr. 9) en tanto es importante no apresurarse en reducir y encapsular este periodo en las problemáticas eventualmente producidas por el acceso imaginario hacia la edad adulta.

La adolescencia no siempre ha sido un objeto de análisis para la psicología, es cierto, pero hoy en día es muy posible encontrar numerosas investigaciones en este campo, en las cuales en múltiples ocasiones se ha reiterado y compartido que los adolescentes "se definen por exclusión. Ni niños ni adultos" (Hales, Yudofsky, & Gabbard, 2012, p. 89), esto supone que los adolescentes "están entre dos edades […] entre pubertad y madurez, entre ritos y mitos, […] entre dependencia y autonomía" (Fize, 2001, p. 27), fijando su terminación nuevamente bajo criterios enmarcados en un orden social "el fin de los estudios, la entrada en el mundo del trabajo, el abandono del hogar familiar, la autonomía económica, la mayoría civil, la fundación de una familia… - que, básicamente, no resuelven nada" (2012, párr. 19). Favorece muy poco a corregir la fragilidad de este concepto, de hecho, casi siempre

> acaban por exagerar el alcance de una serie de ideas ya hechas o equívocas, que han conseguido imponerse y que, aún hoy, son, en referencia a este período, divulgadas gracias a un conjunto de definiciones construidas bajo el amparo de la idea de transición o de la idea de crisis (2012, párr. 5).

Si se continua en este contexto, el análisis de la adolescencia corre el riesgo de convertirse en un círculo vicioso que limita su reflexión a describir lo que se observa en la clínica con algunos adolescentes, por ejemplo, depresión, oposición a los padres o a las figuras de autoridad, rechazo escolar, delincuencia, toxicomanía u otras expresiones, como justamente eso, como parte de una crisis que indubitablemente resulta del devenir hacia la adultez que como se ha dicho supone el desarrollo de la madurez del ser viviente en esta edad, razón por la cual "el clínico puede adoptar […] una actitud calificada a la ligera de «empática», en la que […] se corre el riesgo de considerar todas las conductas como componentes normales y sin importancia" (Marcelli y Braconnier, 2005, p. 62).

Tampoco se trata de abandonar tan rápido la noción de crisis, a lo mejor no corresponde utilizarla como la definición directa de la adolescencia, sino como uno de sus modos, de sus respuestas; ya que es algo que se repite con tanta persistencia con respecto a esta, será importante darle lugar y repasarla brevemente. La palabra crisis viene del latín *crisis* que fue tomada del griego *krisis* que significa decisión (Corominas, 1973), "tiene entonces el sentido que exhibe en la medicina clásica: designa el momento en el que la enfermedad va a decidirse entre la curación o la muerte, el momento en que podrá *juzgarse*" (Mannoni, 1984, p.17). Ahora bien, si se plantea a partir de aquí y se trata de un momento decisivo, de una crisis se vuelve necesario descifrar su origen (Mannoni, 1984) ¿qué es lo que la configura como tal? ¿qué tipo de crisis es? ¿cuáles son los elementos o eventos estructuradores de esta crisis? ¿qué habrá de decidir el sujeto? en este proceso adolescente, ¿podrá elegir?

Sin embargo, antes de entrar en esta discusión, conviene anotar que, en Ecuador, dentro de los instrumentos legales que sirven de referencia para las políticas públicas, se reconoce en el Código de la Niñez y Adolescencia y define al adolescente como "la persona de ambos sexos entre doce y dieciocho años de edad" (2003, art. 4) además el artículo 27 les garantiza el "derecho a disfrutar del más alto nivel de salud física, mental, psicológica y sexual" (2003); esto permite al menos en lo legal, ubicar un inicio y un final a la adolescencia. En cuanto el discurso oficial de la Organización Mundial de la Salud la adolescencia representa un momento decisivo en tanto que es "un periodo de transición de crucial importancia […] que se produce entre los 10 y los 19 años. […] es un periodo de preparación para la edad adulta, […] constituye también una etapa de riesgos considerables" (World Health Organization, 2015).

1.2. Algunas referencias sobre adolescencia en la literatura psicoanalítica

Desde el inicio de este capítulo se mencionó que la adolescencia no es un concepto propio de la teoría psicoanalítica, lo cual dificulta hallar referencias explícitas sobre la misma sin embargo, no hace imposible encontrarlas. Sigmund Freud, médico neurólogo y padre del psicoanálisis, desarrolló su teoría a partir de su trabajo clínico con diferentes pacientes, causando conmoción y resistencias a los supuestos psicoanalíticos entre la opinión popular y los científicos de la época. Es importante tener presente que su obra se encuentra originalmente escrita en alemán, y la traducción al español – particularmente la versión de José Luis Etcheverry (1942-2000) – permite encontrar con mayor facilidad los términos pubertad, muchacho o muchacha, antes que adolescencia o adolescentes, y

del mismo modo en cuanto se intenta buscar sobre adolescencia en el índice alfabético de alguna de las obras freudianas de esta versión se remite inmediatamente al término pubertad. Probablemente aunque no haya una razón precisa, quizá encuentre mayor sentido si se toma en cuenta que dentro del idioma alemán no existía aún la palabra adolescencia o adolescentes, estas se difundieron bajo la influencia anglosajona a partir de la Segunda Guerra Mundial, por lo que insistir en la terminología que utilizó o no utilizó realmente obstaculizaría ver los aportes que allí se encuentran.

En este sentido, se presentará en los siguientes párrafos algunas obras importantes en las cuales Freud se refiere a la *pubertät* [pubertad] que servirán de apoyo durante este trabajo. Su primer señalamiento al respecto aparece en el Proyecto de Psicología – obra que fue publicada póstumamente – donde dirá que "ninguna experiencia sexual exteriorizará efectos mientras el individuo no tenga noticia de sensaciones sexuales, o sea, en general, hasta el inicio de la pubertad" (1895/1992, p. 378). Poniendo énfasis en las sensaciones sexuales propias en tanto que será su emergencia – en la pubertad – la que permita al sujeto adolescente comprender las huellas mnémicas, en tanto que experimentan "un r*eordenamiento* según nuevos nexos, una *retrascripción* {*Umschrift*}" (1896/1992, p. 274). De allí, se anticipa en la teoría psicoanalítica sobre adolescencia y dice que "la dilación de la pubertad es un carácter universal de la organización" (1895/1992, p. 404) de la vida psíquica.

Con posterioridad se halla Tres ensayos de teoría sexual en 1905, obra fundamental que fue editada en cuatro ocasiones y complementada en otras más tarde. De manera particular, en el último ensayo Las metamorfosis de la pubertad distinguirá, como su título lo indica, las transformaciones concernientes al periodo que organiza la pubertad, la misma que si bien parte de su carácter biológico – crecimiento de los genitales externos y desarrollo de los internos – interesa aquí con respecto a la novedad del lugar que ocupa la genitalidad en la vida psíquica, en tanto que: considerando la vida sexual infantil, se conformará de manera definitiva la organización sexual normal que está "garantizada únicamente por la exacta coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual" (Freud, 1905, p. 189), la primera es la más antigua de meta inhibida y "se ha formado sobre la base de los intereses de la pulsión de autoconservación y se dirige a las personas que integran la familia y a las que tienen a su cargo la crianza del niño" (Freud, 1912, p. 174); la segunda aparecería en este momento – la pubertad – y ya que "tropieza ahí con los obstáculos de la barrera del incesto, […]

exteriorizará el afán de hallar lo más pronto posible […] otros objetos, ajenos, con los que pueda cumplirse una real vida sexual" (Freud, 1912, p. 175) es decir, ya no ignorará su meta.

Conjuntamente, y en consecuencia con lo anterior, explica que el hallazgo de objeto preparado desde la infancia se estima que se realizará en este momento. De modo tal, que en realidad se trata de un reencuentro o como dirá en 1920 de un "refrescamiento del complejo infantil de Edipo" (Freud, 1920, p. 150). Se descarta que el trabajo de la pubertad sea únicamente preparar el cuerpo humano – madurez sexual – para la reproducción como lo sería en los demás animales, este ensayo freudiano insiste explícitamente en que el valor de la pubertad no está reducido biológicamente. Señala, además, que "el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores" (Freud, 1905, p. 207) será un doloroso logro de este momento.

Años más tarde, añade algunas encomiendas de los "Tres ensayos de teoría sexual" (Freud, 1905), que se mencionarán aquí de manera rápida y se retomarán en extensión en el siguiente capítulo, por ejemplo, con relación al desarrollo sexual mantendrá su posición y dirá que se da en dos tiempos, esto significa que existe una organización genital infantil que precede a la organización genital definitiva, en la cual entonces no existe un primado genital, sino que hay "un primado del *falo*" (Freud, 1923, p. 146) y como resultado la organización sexual será en realidad una organización fálica que abre paso al complejo de castración, en tanto hallarán su fin las satisfacciones que devenían del complejo de Edipo y expondrán ambas consecuencias de "la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad de castigo, y la otra, la femenina, como premisa" (Freud, 1924, p. 185) lo cual pone de manifiesto que aunque se trata de una organización fálica para ambos sexos, sucede diferente es decir "la niñita acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación" (Freud, 1924, p. 186). Dicho de otra manera, a partir de la diferencia anatómica entre los sexos se observa la siguiente situación psíquica: castración consumada – que posibilitará el complejo de Edipo en la mujer – y amenaza de castración – que llevará al fundamento el complejo de Edipo en el varón (Freud, 1925).

Un poco después, en la relectura de la obra freudiana que se propuso Lacan tampoco se halla de manera particular trabajos que estudien la adolescencia específicamente, quizá no se detuvo a pensar la adolescencia explícitamente para evitar caer en un análisis con tinte madurativo del ser humano, como lo plantea la psicología evolutiva y porque

además, enfatizó en que el sujeto – en psicoanálisis – "debe distinguírselo severamente tanto del individuo biológico como de toda evolución psicológica subsumible como sujeto de la comprensión" (Lacan, 1966, p. 831). No obstante, a partir de 1948 se considera a la adolescencia como parte de las "metamorfosis libidinales" (Lacan, p. 123). Luego ubicará la adolescencia como una crisis junto con el destete, el complejo de Edipo y, el proceso de la pubertad como eso que justamente rehará "una nueva síntesis de los aparatos del yo" (Lacan, 1950, p. 143).

Es cierto, resulta difícil localizar más referencias, pero no cabe duda que, este retorno de Lacan – compartido a través de los seminarios durante su enseñanza – a las obras freudianas contribuyeron a la teoría psicoanalítica, en tanto y en cuanto aseveró que "*el inconsciente está estructurado como un lenguaje*[2]" (1964, p. 28), introdujo los tres registros: lo simbólico, lo imaginario y lo real junto con "los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis" (Lacan, 1964) que, no existían en el campo psicoanalítico anteriormente – aunque precisamente pudo realizar sus elaboraciones solo al volver a releer la obra freudiana –, por esta razón, parece que en efecto, hacían falta para comprender las elaboraciones freudianas. Por consiguiente, existen otros psicoanalistas que, han tomado en cuenta estas referencias (tanto en Freud como en Lacan), se interesaron y, propusieron sus propias elaboraciones en orden a las interrogaciones suscitadas – en la clínica con adolescentes – entorno a este tiempo, el de la adolescencia en la organización del sujeto, que es "sujeto de la estructura, no tiene edad pero sí tiempos" (Flesler, 2007, p. 24).

Octave Mannoni (1899-1989), etnólogo, filósofo, psicoanalista de origen francés y analizante de Lacan. Participó en varios de sus seminarios, con relación a la adolescencia y como parte de las jornadas de estudio: "La crisis de la Adolescencia" (1984), en colaboración con un psiquiatra, un antropólogo y un historiador: participa con una ponencia cuyo tema será ¿es "analizable" la adolescencia? Y a partir de allí dirá primero que existe un sentido polisémico cuando se menciona

> las palabras *crisis de la adolescencia* […]. Por un lado, se trata de un momento *decisivo*, un momento en el cual el sujeto tiene que elegir su orientación. La palabra *crisis* […] designa el momento en el que […] podrá *juzgarse*. (etimológicamente *krisis* quiere decir juicio). El otro sentido es más corriente: designa un estado agudo, como en la expresión

[2] Cursivas de Jaques Lacan.

> "crisis de nervios". Si se habla de una crisis de la adolescencia puede hacérselo como en el primer sentido, para designar el momento en que habrá de decidir el futuro del sujeto o bien, como en el segundo sentido, para designar el momento en que la neurosis más o menos latente del sujeto se declara con cierta violencia o cierta urgencia (p. 17).

Al mismo tiempo, pone énfasis en que la adolescencia, muy posiblemente desencadenará un conflicto de generaciones – por ejemplo, la oposición del adolescente respecto sus padres, o los adultos, o las autoridades – cuya ausencia representará una anomalía. Está seguro que la adolescencia, no se explicará únicamente por la pubertad, "no se trata de combatir la crisis […], ni de curarla, ni de abreviarla, sino más bien se trata de acompañarla" (Mannoni, 1984, p. 20) en tanto que, a los adolescentes no les interesa ser comprendidos, su actitud en realidad se acerca más a la intransigencia, por lo que también eventualmente presentaría riesgos, puesto que

> no sabemos muy bien si hay crisis de la adolescencia que son ya el comienzo de una enfermedad mental y otras que solamente se convierten en enfermedades mentales porque se las ha contrariado. De todas formas, esta incertidumbre nos invita a la prudencia (Mannoni, 1984, p. 23);

subrayando así las palabras de Winnicot, como estando de acuerdo con él, profiere que "el tiempo es su remedio natural […] la sociedad debería *guardarse* de *tratar de remediarlas*[3]" (Mannoni, p. 20, 22). Por otra parte, la novedad que trae este autor, se encuentra en el suponer la dificultad de la teoría psicoanalítica de la adolescencia en el problema de las identificaciones, considerando por un lado que es una de las competencias del yo [que según plantea Lacan tienen su origen en el estadio del espejo (1998)], y por otro lado que

> el sujeto está obligado - ¿cómo? ¿por qué? – a condenar las identificaciones pasadas. Sabe *que ya no es un niño* – y si no lo sabe no faltará quien se lo recuerde –, pero sabe también que no es un adulto (algo que se le recuerda aún más) (p. 26);

pero, acaso ¿se sabe adolescente?

Por su parte, Francoise Dolto (1908-1988), médico pediatra, psicoanalista también de origen francés, interlocutora de Lacan, participó junto a él en 1964 en la fundación de la Escuela Freudiana de París. Dictó varios seminarios psicoanalíticos y escribió algunas obras importantes para el psicoanálisis y en particular para el psicoanálisis con niños y

[3] Cursivas de Octave Mannoni.

adolescentes. En este orden, se refirió a la adolescencia en varias ocasiones, se mencionará en las siguientes líneas, su producción y conceptualización teórica, a partir de "Palabras para adolescentes o el complejo de la langosta" (1989) y "La causa de los adolescentes" (1990) obras que fueron publicadas de manera póstuma y que han arrojado bastante luz para continuar en el estudio de la adolescencia.

Para ella, la adolescencia era todavía un campo poco conocido, se tenía más información respecto de la infancia, del niño. Es un "pasaje que separa a la infancia de la edad adulta" (Dolto, 1989, p. 17) representa más que una simple transición hacia tal edad, será más bien la "etapa original y capital de la metamorfosis del niño en adulto" (Dolto, 1990, p. 11). Supone que el adolescente atraviesa una mutación de la que quizá él o ella no podrá decir mucho, pero en cambio sí causará mucha inquietud en los adultos, acompañando esa inquietud con angustia o incluso indulgencia en algunas ocasiones. Enseguida dirá que en la adolescencia se trata de un segundo nacimiento en tanto que lo que ocurre allí es muy similar al nacimiento, pues, "reproduce la fragilidad del bebé que nace, sumamente sensible a lo que recibe como mirada y oye como palabras que le conciernen" (Dolto, 1990, p. 12-13). Sin embargo, este segundo nacimiento se da gradualmente, en su opinión "hay que quitar poco a poco la protección familiar como se ha quitado la placenta protectora. Quitar la infancia, hacer desaparecer al niño que hay en nosotros, constituye una mutación. […] Ya nada es como antes" (Dolto, 1989, p. 17). Ahora bien, como resultado de la tarea que se le avecina al adolescente respecto de afrontar la muerte de la infancia, de vivir el duelo por la infancia, observa que esta fase, es también "el drama de la langosta" (Dolto, 1989, p. 18) ya que, al igual que las langostas los adolescentes deberán fabricar un nuevo caparazón – defensas – para renovar el viejo que se ha perdido y no quedar desarmados.

Con relación al fin de este periodo, señalará que mientras en otras disciplinas resulta bastante claro, a saber, en el campo de la neurología halla su final en cuanto el tejido cerebral se ha constituido completamente, en la educación se colegirá con el fin de la escolaridad obligatoria, y para la legislación en cuanto alcance la mayoría de edad; en psicoanálisis no sucede así, no es posible fijar una edad. Pero, observa algunos hechos que resultan importantes, y los describe como puntos referenciales; sin embargo, lo hace en términos económicos, ubica la salida de la adolescencia "cuando la angustia de sus

padres no le produce ningún efecto inhibidor [pueden][4] liberarse de la influencia paterna" (Dolto, 1990, p. 21), esto no significa que no siga siendo siempre una referencia importante.

En esta misma época, en Argentina se encontraban Arminda Aberastury (1910-1972) junto con Mauricio Knobel, y en colaboración de algunos otros psicoanalistas argentinos, revisando "La adolescencia normal" (1989) texto que comenzó a fines de 1964 y se proponía como un estudio psicoanalítico de la adolescencia que al ser una experiencia verdaderamente clínica hacía falta su profundización para aumentar "la posibilidad de llegar a una adultez positiva y creadora" (Aberastury y Knobel, 1989, p. 13).

Aberastury concede a los cambios psicológicos de este tiempo, el lugar del correlato de la pubertad que tendrá lugar en la relación con los padres y el mundo exterior, una vez que se elaboren algunos duelos propios de la adolescencia, que los descubren en frente de su nuevo cuerpo, que requerirá responder ante la pregunta por la definición sexual y con relación al denominado mundo adulto, en el cual se insertarán, también se les exigirá dar cuenta del rol que asumirán o no asumirán. Entonces, ¿de qué duelos se habla?, ¿cuáles son?

La autora describirá los siguientes tres duelos como fundamentales de este tiempo:

> a) el duelo por el cuerpo infantil perdido, base biológica de la adolescencia, que se impone al individuo que no pocas veces tiene que sentir sus cambios como algo externo frente a lo cual se encuentra como espectador impotente de lo que ocurre en su propio organismo; b) el duelo por el rol y la identidad infantiles, que lo obliga a una renuncia de la dependencia y a una aceptación de responsabilidades que muchas veces desconoce, y c) el duelo por los padres de la infancia a los que persistentemente trata de retener en su personalidad buscando el refugio y la protección que ellos significan (Aberastury y Knobel, 1989, p. 10, 11).

Todavía cabe añadir, con relación al primer duelo, que entonces al adolescente se le reclama su renuncia a ser llamado como niño (o niña) puesto que según afirma Aberastury, llamarlos así en este momento podría interpretarse como una designación de tipo irónica, burlesca e incluso correspondería para el adolescente a una desvalorización

[4] Apunte agregado en los corchetes.

en tanto no se distingue todavía de lo que quizá en el imaginario social se denomina infantil.

En este sentido,

> "el niño mismo necesita tomarse su tiempo para hacer las paces con su cuerpo, para terminar de conformarse a él, para sentirse conforme con él. Pero solo llega a esta conformidad mediante un largo proceso de duelo, a través del cual no solo renuncia a su cuerpo de niño sino que abandona la fantasía omnipotente de bisexualidad" (Aberastury y Knobel, 1989, p. 27).

Por otra parte, explica la presencia del conflicto generacional también en alusión a los duelos propios de la adolescencia, pero esta vez incluye a los padres como quienes "tienen que desprenderse del hijo niño y evolucionar hacia una relación con el hijo adulto lo que impone muchas renuncias de su parte […] la aceptación del devenir, del envejecimiento y de la muerte" (Aberastury y Knobel, 1989, p. 20). Es igualmente importante anotar, que para esta autora argentina, "toda adolescencia lleva además del sello individual, el sello del medio cultural, social e histórico desde el cual se manifiesta" (Aberastury y Knobel, 1989, p. 33).

Por su parte, Knobel subraya que la adolescencia es un tiempo que transcurre entre el proceso biológico conocido como pubertad y aquello que la psicología evolutiva sitúa como estadio adulto. Lo cual permite decir, que este autor reconoce que la adolescencia se trata fundamentalmente de un tiempo de transición (Aberastury y Knobel, 1989) pero, que si bien se trata de un periodo universal escribe, "que en las diferentes sociedades este periodo puede variar como varía el reconocimiento de la condición adulta que se le da" (Aberastury y Knobel, 1989, p. 38). Consecuentemente, Knobel planteó que la adolescencia sucedía como un síndrome normal del desarrollo, razón por la cual es bastante difícil ubicar el límite entre lo normal y lo patológico.

Distingue las siguientes características:

> "1) búsqueda de sí mismo y de la identidad; 2) tendencia grupal; 3) necesidad de intelectualizar y fantasear; 4) crisis religiosas que pueden ir desde el ateísmo mas intransigente hasta el misticismo más fervoroso; 5) desubicación temporal, en donde el pensamiento adquiere las características de pensamiento primario; 6) evolución sexual manifiesta que va desde el autoerotismo hasta la heterosexualidad genital adulta; 7) actitud social reivindicatoria con tendencias anti o asociales de diversa intensidad; 8)

> contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta, dominada por la acción, que constituye la forma de expresión conceptual más típica de este periodo de la vida; 9) una separación progresiva de los padres, y 10) constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo" (Aberastury y Knobel, 1989, p. 44).

Ahora es pertinente revisar la articulación y elaboración que hará Martine Lerude –psiquiatra y psicoanalista de origen francés– en el desarrollo conceptual de la adolescencia a partir de su trabajo clínico. Ella abordará la adolescencia ubicándola como ese "gran libro abierto a la teoría lacaniana, no porque ella sería su ilustración sino porque su clínica, clínica del sujeto, o más precisamente de la subjetivación, […] puede leerse con los instrumentos forjados por Lacan" (2014, p. 42). En este sentido, a partir de la frase lacaniana, metamorfosis libidinal "que va a traducirse en una crisis subjetiva que se manifiesta de una manera totalmente particular […] para todos los adolescentes" (Lerude, 2008, p. 18) fue clara en afirmar que existe un antes y un después de la adolescencia en el sujeto del inconsciente.

Con lo previamente mencionado vale decir que se trata de un tiempo que sucede entre la infancia y la adultez, caracterizado por cambios fisiológicos, hormonales y anatómicos propios de la pubertad para cada sexo que reenvían varias preguntas al adolescente, respecto su propio cuerpo, su propia imagen, su posición frente a los pequeños otros y al Gran Otro. En este camino, si se asevera que se trata de un tiempo, ¿de qué tiempo se trata? ¿acaso corresponde a un orden cronológico que atraviesa el reloj y el calendario? La hipótesis que plantea Lerude a esta pregunta, es que se trata de "un tiempo lógico de mutación subjetiva, de un cambio de posición subjetiva" (2014, p. 89), por lo tanto, este tiempo será un

> momento crucial de construcción subjetiva [que] muestra en su torsión, el dolor de asomarse al vacío, no solo vacío de pérdidas, de falta de respuestas, sino como abismo de una sexualidad y de un cuerpo aún no integrados a la dialéctica del deseo (Aguirre, 2008, p. 5)

Probablemente, para conocer ¿qué se espera en la adolescencia en tanto tiempo lógico? sirva apoyarse un poco en la física, siendo que esta observa que el tiempo es la magnitud más importante que, por un lado, permite diferenciar entre el estado actual y uno anterior y, por otro, sirve para medir la duración o separación de uno o más acontecimientos; además no es lo mismo que espacio, pero presentan una relación. Con esto, será importante distinguir el tiempo simbólico y el tiempo imaginario. En el primero,

tendría lugar los acontecimientos de construcción subjetiva, es decir aquellos que son estructurantes del sujeto, como el estadio del espejo, el Edipo, la castración, la metáfora paterna mientras que, en el segundo, se ubicaría todo el "tiempo vivido" según lo historie cada uno, habiendo un pasado, presente y futuro. Esto último no quiere decir, que los acontecimientos que estarían registrados en el tiempo simbólico no hayan sido "vividos" sino que suceden en el orden del advenimiento subjetivo y no en un orden lineal de pasado, presente, futuro.

Así, para cerrar este primer capítulo sobre adolescencia, ciertamente no es únicamente una edad que va de los 12 a los 18 o a los 22 o a los 25 años, ni tampoco se trata de un tiempo que pasa únicamente por el reloj evolutivo. Es un tiempo en el cual el sujeto adolescente ya no es un niño, pero todavía no es un adulto… y, si no está acá, ni está allá ¿en dónde está? está en un pasaje, en un tiempo de metamorfosis: libidinal y subjetiva, no como dos diferentes sino como contiguas. Metamorfosis libidinal como propone Lerude – a partir de Lacan que a su vez retoma a Freud – se refiere de manera particular a que, si bien el niño tiene una sexualidad, este se encuentra excluido del goce genital, aunque, cuenta con goces parciales ligados a objetos parciales que de alguna manera están a la espera de la regularización que tendría lugar en la pubertad bajo el dominio de la primacía genital, como Freud lo llamaba en 1905, pero que más adelante en 1923 dirá que no se trata del primado genital sino de un primado del falo, y – como menciona Lerude – "no es un órgano, sino que es un símbolo […] del goce sexual que […] va a realizar la síntesis de las pulsiones parciales. Pero esta síntesis permanece siempre imperfecta, siempre incompleta, imposible de alcanzar" (2008, p. 17). Mientras que, la metamorfosis subjetiva está en relación con el gran Otro, puesto que hay un cambio, un paso de un gran Otro, representado y encarnado hacia un gran Otro constituido como un lugar en el que si bien no hay nadie el sujeto sigue dirigiéndose a ese lugar en tanto intentará responder a la pregunta ¿qué quiere de mí?, nunca deja de subjetivarlo esperando que el gran Otro responda y guíe su transición hacia… ¿su devenir como sujeto? ¿su relación con los pequeños otros? ¿su relación con el deseo? ¿articular el propio síntoma (satisfacción sustitutiva)?

Finalmente, con todo lo que se ha mencionado hasta ahora, con relación a la adolescencia, se continúa al segundo capítulo en donde se hace necesario revisar el concepto lacaniano gran Otro.

CAPÍTULO 2. EL GRAN OTRO

Jaques Lacan, psiquiatra y psicoanalista francés, introdujo el término del gran Otro –conocido también como Otro con mayúscula por su expresión en francés– en los años 1954 y 1955 durante el Seminario "El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica" y, fue revisándolo y reelaborando constantemente en el trabajo de los seminarios siguientes en diferentes contextos. Antes de seguir adelante con lo que corresponde al presente capítulo, es importante no olvidar que "toda la obra de Lacan tiene que entenderse en el contexto de la herencia intelectual y teórica de Sigmund Freud (1856-1939), fundador del psicoanálisis" (Evans, 1997, p. 98).

2.1. Aproximaciones dentro de la obra freudiana

Aproximaciones a este término están presente dentro de la obra freudiana, por ejemplo:

> en *La interpretación de los sueños*, (1900) cuando Freud presenta el término del Otro escenario como el lugar desde donde se producen los contenidos latentes del sueño; en el mismo texto durante la descripción y el análisis del paradigmático *sueño de la inyección de Irma* cuando ese Otro de Freud se pluraliza en lo que Lacan llama: la inmixión de los sujetos; en el análisis del *hombre de las ratas* cuando Freud hace depender la neurosis obsesiva del sujeto de las circunstancias de la deuda contraída por su padre y en el *Más allá del principio del placer* (1920) cuando toma preeminencia algo que está más allá de toda simbolización: lo real (Capetillo Hernández, 1991, p. 359);[5]

también se halla una aproximación anterior, en la Carta 52, al referirse al ataque histérico, de manera particular en los sueños, para Freud se trata de una acción [*Aktion*] cuyo carácter originario es ser un medio para la reproducción de placer; así intentan volver a dormir con la intención de vivenciar lo mismo nuevamente, llegando incluso a provocar un desmayo histérico (1896/2008).

En la siguiente cita, se lee la continuación de esta crítica a las emociones que está haciendo Freud:

> El ataque de vértigo, el espasmo de llanto, todo ello cuenta con el *otro* [den *Anderen*[6]], pero las más de las veces con aquel otro [Anderen] prehistórico inolvidable a quien ninguno posterior iguala ya. También el síntoma crónico de [un deseo patológico] de permanecer en cama [se puede explicar de la misma manera]. Uno de mis pacientes todavía hoy lloriquea mientras duerme, como entonces lo hacía (para que lo tomara

[5] Cursivas de Capetillo Hernández.
[6] Cursivas de Sigmund Freud.

> consigo la mamá, que murió cuando él tenía 22 meses). No parece haber ataques como expresión acrecentada de las emociones (1896/1959, p. 192).

Allí se lee como Freud se preocupa por enfatizar que estos ataques no corresponden al exceso de las emociones, sino que ubica que lo que se trata allí más bien es de una dirección, dicho de otro modo, los ataques se dan con dirección y cabe plantear algunas preguntas como, ¿hacia quién?, ¿hacia qué? ¿en relación a quién? ¿en relación a quién?; en la clínica esto podría verse en las relaciones de dirección.

> En el caso de la histeria, de la crisis de llanto, todo está calculado, reglado, como anclado en *den Anderen*, el Otro, el Otro prehistórico, inolvidable, que nadie nunca más alcanzará después.
>
> Lo que encontramos articulado aquí nos permite una primera aproximación de lo que está en juego en la neurosis y comprender su correlato, su término regulador. Si el fin de la acción específica que apunta a la experiencia de satisfacción es reproducir el estado inicial, volver a encontrar a *das Ding*, el objeto, comprendemos muchos modos de comportamiento neurótico (Lacan, 1959-60/2007)

Otro acercamiento de este mismo autor, se encuentra unos años atrás en 1895 en el Proyecto, a partir de su trabajo sobre el juzgar en oposición al pensar, en dicha elaboración Freud posiciona al primero como "un proceso psicológico […] provocado por la desemejanza entre la *investidura-deseo* de un recuerdo y una investidura-percepción semejante a ella" (1895/1992, p. 373) y trae el siguiente ejemplo:

> la imagen mnémica deseada [por el niño] es la imagen del pecho materno y su pezón en visión frontal, y la primera percepción, una vista lateral de ese objeto sin el pezón. En el recuerdo del niño se encuentra una experiencia, hecha por azar al mamar: la de que con un determinado movimiento de cabeza la imagen frontal se muda en imagen lateral. La imagen lateral ahora vista lleva al movimiento {a la imagen-movimiento} de cabeza; un ensayo muestra que tiene que ser ejecutado su recíproco, y se gana la percepción de la visión frontal (Freud, 1895/1992, p. 374).

Este ejemplo, hace alusión, además, a lo que se conocería más tarde en su teoría, como experiencia de satisfacción original, y que puede explicarse con referencia a las observaciones que realiza Freud sobre el discernimiento y el objeto de satisfacción. En donde, el prójimo es el primer objeto de satisfacción es a la vez también el primer objeto hostil, puesto que se trata de procesos de percepción que resultan complejos en tanto que no son siempre iguales, sino que pueden resultar completamente nuevos e incomparables en sus rasgos dentro del ámbito visual u otras percepciones visuales del sujeto. Ahora bien, se muestra preciso para el complejo del prójimo separar:

> en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una cosa del mundo, mientras que el otro es comprendido por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio (Freud,1895/1992, p. 377).

Esta lectura de la elaboración freudiana en el Proyecto, se vuelve importante en tanto que, ya en 1895, Freud reconoció: por una parte, la cosa del mundo [*Ding*], y por otra, su predicado, lo que es comprendido [*Verstenden*]. Sumado a ello, el término que Freud utilizó en alemán fue *Verstehen* el mismo que en la tradición filosófica alemana, "intenta explicar el significado que, desde una perspectiva interna, tiene una acción o una expresión para el actor […]. Toda comprensión deviene entonces interpretación" (Bohman, 2004, p. 1012). Con esto se comprenden, tres modalidades de aproximación al gran Otro en Freud, la primera como lo inasible al hablar de la cosa del mundo, el *Ding*; la segunda es posible en todo aquello que se resta de la cosa del mundo a partir del complejo de percepción de las investiduras-deseo e investiduras-percepción y una tercera, que hace referencia justamente al lugar de dirección.

Se vuelve importante anotar que, el término alemán *Anderer* utilizado por Freud, fue tomado de la lectura de Fechner, quien prefiere ocupar en su Psicofísica el término *Schauplatz* el cual, parece ser "de uso muy raro y figurado, vinculado a *Schauspiel* (espectáculo, pero literalmente juego de la mirada) y actualmente en desuso, significa sitio de la mirada perspectiva (Lecman, 2009). Aquí la relevancia de esta referencia a este término *Schauplatz* se encuentra, a partir de lo que se desprende del juego de palabras que se produce en su composición; cuya traducción permite leer lugar de la mirada, en donde *schau* significa mirada y platz lugar. Freud dirá al traer las ideas de Fechner, por un lado, que hay "una *localidad psíquica*" (1900, p. 529) que "corresponde entonces a un lugar en el interior de un aparato" (1900, p. 530), no debe ser confundida con alguna localización de tipo física o anatómica. Sobre ello, es oportuno mencionar en lo cual Lacan pone el acento,

> Freud introduce primero el inconsciente, a propósito del sueño, precisamente como un lugar, que él llama *eine anderer Schauplatz*, otra escena? Desde el comienzo, desde la entrada en de la función del inconsciente, este término y esta función de escena se introduce allí como juego esencial (1962-63, p. 96).

Adelantándose un poco "Charles Melman señaló que Lacan había traducido *auf einem anderen Schauplatz* por lugar Otro, dejando de lado el *schau* es decir lo que concierne a la representación, al espectáculo, al escenario del mundo" (Landman, 2007,

párr. 7); sumado a esto, Dissez recuerda que desde muy temprano Lacan en su enseñanza definió el inconsciente como "discurso del Otro" pero también le dio la función de un lugar – del mismo se hablará más adelante con mayor detenimiento – en la cual tuvo una gran implicación "la definición propuesta por Freud del inconsciente como *der andere Schauplatz*, que a menudo es traducido como la otra escena (2004).

2.2. Aproximaciones desde la obra lacaniana

Con lo dicho hasta ahora, se recogen varias ocasiones en la obra freudiana que permiten una anticipación al término gran Otro; lo que no se halla aún ahí es su esclarecimiento, y es allí donde se insertará la teorización de Lacan que aparece en primera instancia al haberse dado cuenta de que "cuando se trata del hombre, tal relación entre la satisfacción del sujeto y la satisfacción del otro, siempre está en tela de juicio" (Lacan, 1958/2009, p. 354). A partir de este momento, subraya no solo el error que se cometería si se piensa que está hablando del mismo otro, de "ese otro que es el yo, o, para ser más precisos, su imagen" (Lacan, 1958/2009, p. 354) esto se entiende mejor en la expresión lacaniana: "el yo es una construcción imaginaria" (Lacan, 1958/2009, p. 365). Además, dice Lacan que, "aquí hay una diferencia radical entre mi no satisfacción y la satisfacción supuesta del otro. No hay imagen de identidad, reflexividad, sino relación de alteridad fundamental" (1958/2009, p. 354-355). Entonces, no solo que es importante sino que es necesario "distinguir, por lo menos, dos *otros*: uno con una *A* mayúscula, y otro con una *a* minúscula[7] que es el yo" (Lacan, 1958/2009, p. 355).

Esta distinción puede parecer simple, no obstante, se vuelve compleja primeramente debido a que el pequeño otro *a* está reservado de ahora en adelante para situar al "otro que no es realmente otro, sino un reflejo y proyección del yo" (Evans, p. 139), razón por la cual se escribe *a* tanto para representar al pequeño otro como al yo, es decir, representa al semejante y a la imagen especular. Lacan concibe el proceso de formación del yo en lo que denominó estadio del espejo – proceso que ocurre entre los 6 y 18 meses de edad – el cual es parte importantísima en la estructuración de la subjetividad pues, allí pretende explicar a través del esquema óptico que el yo se construye por identificación con la imagen especular; con antelación conocemos "por Freud que el yo se forma por identificación y que su constitución implica un nuevo acto psíquico" (Carbajal, D'Angelo, & Marchilli, 1986, p. 95).

[7] Lacan utiliza la A mayúscula y la a minúscula puesto que son las iniciales de las palabras francesas Autre (Otro) y autre (otro).

De manera que, Lacan tomó el esquema óptico de la física y lo modificó "invirtiendo el lugar de las flores y del jarrón, e introduciendo un espejo plano para que la función del Otro adquiera sentido y se establezca una determinada posición del sujeto" (Peñaloza Román, 2016, p. 16). Entonces, el espejo plano es lo que permite introducir un lugar virtual, en donde el sujeto alcanza un acceso a la ilusión *i(a)* en cuanto que puede pasar por la imagen virtual *i'(a)* del espejo A, es decir,

> a condición de acomodar sobre *a'* imagen virtual, reflejo de *a*, al objeto real. Es necesario que corresponda detrás del espejo una imagen virtual S del sujeto $ en el interior del cono real x'y' (destaquemos que si la línea ortogonal $S pasa por fuera del borde del espejo plano, el sujeto no ve su imagen S) (Darmon, 2008, p. 123).

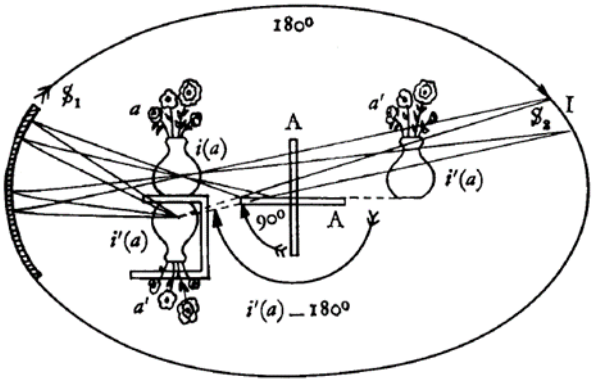


Figura 1: Esquema óptico en Lacan (1959-1960/2009)

Tal como Lacan modifica el modelo del esquema de la imagen anterior, admite la comprensión del papel fundamental que alcanza el gran Otro dado que es este, según Darmon (2008), lo que Lacan introduce a partir del espejo plano A, para completar el modelo del esquema óptico; sin embargo, ¿qué se desprende de lo que Darmon sostiene al decir que el espejo plano A completa el esquema? la respuesta a esta pregunta empieza a tomar sentido si se tiene claro que en el esquema se expresa que

> A esta imagen *i(a)*, el sujeto no puede acceder sino a través de *i'(a)* su imagen especular y entonces por una alienación fundamental al otro con minúscula; es aquí que se situa la captura narcisistica del Yo Ideal (*Ideal-Ich)*. Pero dicha relación especular está bajo la dependencia del gran Otro que dirige el espejo plano (2008, p. 123);

por consiguiente, se esclarece el anudamiento que se produce durante el proceso del estadio del espejo entre la relación especular y la relación simbólica. Sumado a esto, se puede insistir que el júbilo con el que el niño reconoce su imagen en el espejo como propia, no se trata de otro idéntico a él sino de la aprehensión de su imagen y, no se da por verse en un espejo simplemente, sino por el hecho de poder ser reconocido, de poder

encontrarse reafirmado al ver esa imagen, justamente de hallarse "sostenido por la mirada del Otro" (Carbajal, D'Angelo, & Marchilli, 1986, p. 97).

Al respecto Lacan escribe:

> Este desarrollo es vivido como una dialéctica temporal que proyecta decisivamente en historia la formación del individuo: el *estadio del espejo* es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se suceden desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad —y hasta la armadura por fin asumida de una identidad alienante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental (1949/2009, p. 102-103).

En este sentido, se ratifica que la constitución del sujeto se establece en una estrecha relación de dependencia con el gran Otro, con el Otro "como lugar, plaza, entiéndase espacio, campo" (Sauret, 2018, p. 165).

Hasta este momento de la obra de Lacan, la importancia que aparece en el planteamiento y elaboración del esquema óptico, reside en situar la matriz simbólica que permite la construcción del yo, y, con el modo en que ordenará la estructuración del sujeto, pues "nunca hay un sujeto sin yo" (1958/2009, p. 369), es decir, el sujeto no es sin su construcción imaginaria.

2.2.1 El circuito de la palabra y el esquema L.

Lo antedicho, es retomado en la incursión lacaniana del esquema L como un esfuerzo para apoyar lo que deviene del circuito de la palabra. Entonces, es capital preguntarse ¿qué es un circuito?, un circuito es un recorrido que comienza y finaliza en un mismo lugar, comprende elementos entre los cuales se puede establecer diversas conexiones con varias opciones de recorrido (Bembibre, 2009). De esta definición, interesa precisar, por un lado, que el circuito de la palabra no es propiamente un circuito en tanto que no culmina en el mismo lugar del cual parte, no se trata de un circuito recíproco, no existe un cierre que se dirija de A hacia S o hacia *a*. Por otro lado, tiene que ver no solo con un *recorrido*, sino que además deviene en un posicionamiento, compréndase posiciones que se distinguen dentro del circuito en los cuatro elementos que escribe Lacan, a saber: S, a, a' y, A; en donde las conexiones que se construyan darán cuenta de las relaciones entre estos elementos y como tales relaciones serán capitales para la realización de las operaciones posteriores.

Por lo que ahora conviene detenerse rápidamente sobre el discurso de Roma, el texto de "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis" leído por primera

vez en 1953, y publicado tres años más tarde en 1956. Allí va a distinguir –como su título indica – cuál es la función de la palabra orientándose en un campo, que es, precisamente el del lenguaje. Se quiere poner especial atención, sobre lo que Lacan afirma cuando sostiene que "toda palabra llama a una respuesta" (1953-1956/2009, p. 241) o, en paralelo, "no hay palabra sin respuesta, incluso si no encuentra más que el silencio, con tal de que tenga un oyente" (1953-1956/2009, p. 241), distinguiendo entre palabra plena y palabra vacía. Dirá que la primera halla su realización en cuanto surge esa otra escena, es decir en cuanto aparece el inconsciente (Lacan, 1953-1956/2009) – que como dirá más adelante, es el discurso del Otro.

En líneas generales, esta palabra plena será la responsable de organizar la verdad del sujeto, en tanto que el inconsciente corresponde a ese capítulo que si bien se encuentra censurado "lo más a menudo ya está escrito en otra parte" (1953-1956/2009, p. 251); que Lacan ilustrará por ejemplo en el cuerpo, en los recuerdos infantiles, en las acepciones particulares del vocabulario, en las leyes que tradicionalmente conservan su base heroificada, o en aquellos rastros que permiten una conexión con aquel capítulo falseado (Lacan, 1953-1956/2009). Mientras que, por su parte, la palabra vacía tiene que ver con todo lo demás, por ejemplo, con todas aquellas implicaciones del discurso yoico; sin embargo, si estas palabras vacías hallan una respuesta aprobadora puede devenir en frustración, y aquí hay que tener cuidado, ya que "es frustración no de un deseo del sujeto, sino de un objeto donde su deseo está alienado y que, cuanto más se elabora, tanto más se ahonda para el sujeto la alienación de su goce" (1953-1956/2009, p. 243).

Lacan retoma el juego infantil del que Freud observó que, frente a la ausencia de la madre, el niño hacía aparecer y desaparecer el carrusel para agregar que la palabra es una presencia de ausencia (1953-1956). Cabe preguntarse si, ¿esta llamada sugiere alguna dirección? esto es, ¿está dirigida a alguien?, acaso ¿está dirigida a algún lugar? ¿a quién? Se puede comentar adicionalmente, que el uso de este vocablo *llamar* y no de otro, indica que toda palabra de alguna manera, incluso si apareciese como lanzada hacia los vientos, debe comprenderse como un *llamado*, una búsqueda a la presencia de ese Otro que no es el yo ni el semejante como se ha visto; justamente se hace hincapié sobre este vocablo puesto que envuelve la presencia-ausencia del gran Otro.

Con estas consideraciones, se avanza y anota primero con relación al lenguaje que su función será evocar y no informar; por lo que se aclara conjuntamente que "lo que *se* busca en la palabra es la respuesta del otro. Lo que me constituye como sujeto es mi pregunta" (1953-1956/2009, p. 288) y, descifrar la respuesta presupone un muro, un muro

del lenguaje que se interpone entre el sujeto y el gran Otro que – hasta este momento de la enseñanza de Lacan – es garante de la función de la palabra.

Aunado a esto, en relación al esquema L, en el Seminario "El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica" Lacan escribe:

> S es la letra S, pero también es el sujeto, el sujeto analítico, es decir, no el sujeto en su totalidad […] sino en su abertura. Como de costumbre, no sabe lo que dice. Si supiera lo que dice no estaría ahí. Está ahí, abajo a la derecha.
>
> Claro está que no es ahí donde él se ve, esto no sucede nunca, ni siquiera al final del análisis. Se ve en *a*, y por eso tiene un yo. Puede creer que él es este yo, todo el mundo se queda con eso y no hay manera de salir de ahí" (1954-1955/2008, p. 365-366).

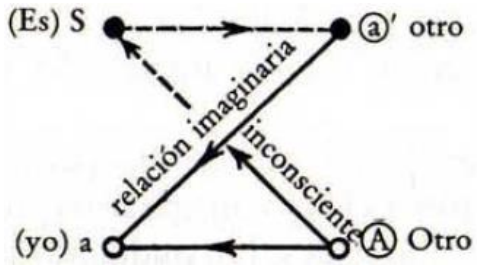


Figura 2: Esquema L en Lacan (1954-1955/2008)

Se asume la complejidad de este esquema en cuanto está trazado con propósito de ilustrar el circuito de la palabra, esto es que entreve el recorrido de la palabra en la distribución de los cuatro términos que dan cuenta de la designación de al menos cuatro lugares diferenciables mediados y soportados sobre los ejes imaginario y simbólico, de modo tal que no partirá – se espera – de S hacia A directamente. Para una lectura más próxima se dispone como punto de partida abajo a la derecha al gran Otro (designado con una *A* por su voz francesa) lugar desde el cual se dirige una flecha en la que Lacan escribe inconsciente pero no llega al sujeto S sino en forma entrecortada, entonces el discurso que viene del gran Otro – el inconsciente – se ve en cierto sentido suspendido, interrumpido por la relación imaginaria entre *a'- a*, relación que hace saber del "hecho de que el sujeto no se forma una imagen de yo (*moi*) sino a través de la imagen del otro, del semejante, en una relación especular, en espejo" (Darmon, 2008, p. 64), esta línea que forma la relación imaginaria Lacan la llamará rejilla imaginaria. Luego, del sujeto *S* hacia *a'*, hacia el otro, hacia sus semejantes se escribe una flecha también entrecortada puesto que "recubre el hecho de que el yo del sujeto es quien normalmente le habla a otro" (1953-1956/2009, p 26); no obstante, su palabra se dirige más allá, hacia el gran Otro "desconocido, que él sitúa, que él reconoce en esa posición absoluta de garantizar la certidumbre de lo que compromete por esa palabra. Bajo la forma invertida de su propio mensaje, hay un mensaje que le retorna del Otro" (Darmon, 2008, p. 62).

Durante su trabajo "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" Lacan menciona lo siguiente:

> la condición del sujeto S (neurosis o psicosis) depende de lo que tiene lugar en el Otro A. Lo que tiene lugar allí es articulado como un discurso (el inconsciente es el discurso del Otro). […]
>
> En ese discurso ¿cómo se interesaría el sujeto si no fuese parte interesada? Lo es, en efecto, en cuanto que está estirado en los cuatro puntos del esquema: a saber S, su inefable y estúpida existencia, *a*, sus objetos, *a'*, su yo, a saber, lo que se refleja de su forma en sus objetos, y A, el lugar desde donde puede planteársele la pregunta por su existencia (1953-1956/2009, p. 525-526).

El esquema L permite observar nuevamente que existe una dependencia del sujeto hacia el gran Otro, entiéndase la constitución del sujeto va a estar condicionada por los modos en que se produzca la estructura del lenguaje, la estructura del inconsciente que es el discurso del gran Otro. Dicho de otra forma, la neurosis, psicosis o perversión son modos que encuentra el sujeto para posicionarse frente al lugar del gran Otro, frente a la articulación que deviene del discurso del gran Otro. Es así que, "el esquema L no parece solo transcribir ese funcionamiento como una simple ideografía elemental, sino más bien como su determinación topológica y estructural" (Darmon, 2008, p. 92).

2.2.2. El complejo de Edipo: inscripción simbólica

Ahora bien, para puntualizar la máxima lacaniana sobre el gran Otro como lo que concierne al lugar desde donde el sujeto se puede plantear la pregunta por su existencia, corresponde revisar las nociones psicoanalíticas del complejo de Edipo introducidas por Freud y, reformuladas más tarde por Lacan; puesto que su operatividad será fundamental en la constitución del sujeto y el modo de organización del deseo.

Freud apunta varias ideas que dan cuenta del Complejo de Edipo a lo largo de su obra, por lo que muy probablemente las que se presentan a continuación no serán las únicas referencias que se hallen en su obra, pero permiten un pequeño recorrido. Muy temprano, ya, en mayo de 1897, asevera que los impulsos hostiles dirigidos hacia los padres conforman parte integral de la neurosis y distingue "en los hijos varones este deseo de muerte se volviera contra el padre, y en las hijas contra la madre" (1897/2008a, p. 296). Unos meses más tarde, en una carta dirigida a Fliess, le manifiesta que el mito de Edipo alcanza realmente un poder cautivador debido a que "el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre *representan* un suceso universal de la niñez temprana" (1897/2008b, p. 307). Casi dos décadas más tarde, con el trabajo clínico que estos años incluyen, las primeras conjeturas freudianas se agrupan deviniendo "un factor regular y muy

importante" (1915-1916/1991, p. 189) llamado Complejo de Edipo, que desprende lo siguiente:

> El hijo, ya de pequeño, empieza a desarrollar una particular ternura por la madre, a quien considera como su bien propio, y a sentir al padre como un rival que le disputa esa posesión exclusiva; y de igual modo, la hija pequeña ve en la madre a una persona que le estorba su vínculo de ternura con el padre y ocupa un lugar que ella muy bien podría llenar (1915-1916/1991, p. 189).

En este orden de ideas, el autor dirá que el mundo no está muy satisfecho con el develamiento que la investigación psicoanalítica sobre el complejo de Edipo ha elaborado.

Más adelante, en 1923 se recogen dos importantes trabajos en los cuales Freud continúa poniendo en consideración la importancia del complejo de Edipo. Así, en febrero escribe "La organización genital infantil" donde rectifica lo que un tiempo atrás en 1905 en "Tres ensayos de teoría sexual" sostuvo respecto a la elección de objeto, que, aunque es, propia de la pubertad se produce con anticipación en la niñez de una forma todavía incompleta. Dirá entonces, que la organización sexual que creyó subordinada al primado de los genitales tanto masculino como femenino, está subordinada – para ambos sexos – sí, pero al papel de "*un genital*, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo" (1923/1991b, p. 146).* Esta rectificación por parte de Freud subraya, para ambos, el trabajo que concierne a la representación de la falta de pene; sumado a esto, la diferencia órgano-genital no desmiente el destino de la posición, es decir, cualquiera puede devenir activa o pasiva; por ello tampoco desmiente el papel fundamental que desempeña el *falo* en la organización sexual de la vida psíquica.

Este mismo año, dos meses más tarde en el estudio sobre "El yo y el ello" de manera particular en el tercer apartado denominado "El yo y el superyó (ideal del yo)" va a realizar varias acotaciones que permiten una mayor comprensión sobre el Complejo de Edipo. Entonces, como primer apunte, dirá que existe una disposición triangular, esto involucra a padre, hijo (entiéndase también hija) y madre como los tres elementos partícipes del Edipo; dirá también que la bisexualidad es de carácter constitucional en los destinos de este complejo. En cuanto a las primeras identificaciones, va a decir primero que surgen al final del Edipo y que, sus efectos en la vida anímica son duraderos y universales. Encuentra que el desenlace normal instauraría en el niño la identificación-padre ubicando como objeto a la madre, y en cambio en la niña la identificación-madre con el padre como objeto; pero también será posible encontrar una inversión, es decir,

que para el niño el desenlace también puede instaurar una identificación-madre que tenga como objeto al padre, o en la niña una identificación-padre cuyo objeto sea la madre, y estos últimos posibles desenlaces serán conocidos como la salida del Complejo de Edipo invertido, mientras que el primero se conocerá como positivo (Freud, 1923/1991*a*). Adicionalmente, el autor señalará como herencia importante del Edipo, la instalación del superyó la misma que incluye no solo la constitución del ideal del yo, sino que, instaura la prohibición tanto del incesto como del parricidio.

> El vínculo con el yo no se agota en la advertencia; «Así (como el padre) *debes ser*», sino que comprende también la prohibición: «Así (como el padre) *no te es lícito ser*, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas» (Freud, 1923/1991*a*, p. 36).

Al año siguiente en 1924 el autor publicará "El sepultamiento del complejo de Edipo" donde se expone que la fase fálica es contemporánea al Edipo, explicitando que es anterior a la fase de latencia en la vida anímica. Para Freud la encrucijada que se enfrenta en este momento, "revela cada vez más su significación como fenómeno central del período sexual de la primera infancia. Después cae sepultado, sucumbe a la represión" (Freud, 1924/1991, p. 181). Tal represión es motivada por desilusiones dolorosas, por daños accidentales, que devienen a su vez de la amenaza de castración; por tanto, freudianamente se puede pensar que el sepultamiento del complejo de Edipo se entreteje junto con la castración. En este orden de ideas, la castración advierte una operación que pone fin a las dos posiciones – pasiva o activa – posibles derivadas del complejo de Edipo; la activa también designada como masculina supone tomar el lugar que ocupa el padre con la intención de mantener comercio sexual con la madre, de allí que el padre resulta obstáculo. En cambio, la posición pasiva o femenina, cree sustituir a la madre con el propósito de recibir el amor del padre, aquí la madre resulta un elemento que sobra (Freud, 1924/1991). Estas aspiraciones respecto al objeto – masculina o femenina – sucumben, como se dijo antes, a condición de la represión originada por la amenaza de castración. Tal amenaza se vivirá, para la niña como un hecho que ha sido consumado mientras que, para el niño, será en cambio por el miedo a su consumación.

Lo que Freud propone, hasta este momento de su desarrollo teórico, subraya además que la identificación es lo que permite la resignación y sustitución de tales investiduras sobre el objeto. Es "la autoridad del padre, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó, que toma prestada del padre su severidad, perpetúa la prohibición

del incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto" (Freud, 1924/1991, p. 184).

Siguiendo este recorrido por la obra de Freud, en 1925 presenta "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos" en donde reconoce a la madre como el primer objeto tanto para la niña como para el niño, sin embargo, observa – precisamente a partir de la diferencia anatómica – la niña vivenciará envidia del pene [*penisneid*] vehiculizada o resignada por el deseo de un hijo – del padre– así insiste nuevamente que la niña tiene como objeto de amor al padre, y objeto de celos a la madre. Dichas observaciones le sirven a Freud para proferir que "*mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último*[8]" (1925/1991, p. 275). En consecuencia, diferencia el papel fundamental que juega el Edipo para la niña y para el niño, siendo que para el primer caso es una "formación secundaria" (1925/1991, p. 275) que solo será posible porque se produce la aceptación de tal castración como consumada; en cambio para el niño es lo que da lugar al complejo de castración que se vive como una amenaza (Freud, 1925/1991).

El recorrido lacaniano a través del Complejo de Edipo propone dar continuidad a estas ideas articuladas por Freud sobre el mito de Edipo, a partir de la tragedia escrita por Sófocles. Por un lado, señala Lacan, que "es un mito absolutamente esencial, tan esencial, que para él no es un mito" (1957-1958/2010, p. 317); empero, se trata de una operación estructural "constituida no en la aventura del sujeto sino en otra parte, en la que él ha de introducirse" (1957-1958/2010, p. 203). Por otro lado, añade un cuarto elemento, para este autor en el Complejo de Edipo se produce la intervención de algo más que el triángulo imaginario (padre, la madre y el hijo) propuesto por Freud, este cuarto elemento es el falo, puesto que se trata de un objeto metonímico que abre cierto acceso al objeto que se piensa como objeto del deseo de la madre; y, se puede intuir que este cuarto elemento, entra a jugar su papel en la estructura edípica según la primacía del falo que ya anticipó Freud.

En 1958 durante el desarrollo del Seminario "Las formaciones del inconsciente" con la intención de establecer una noción todavía más clara acerca de la metáfora paterna, plantea algunos cuestionamientos entrelazados respecto a los elementos partícipes en la operación edípica, cuyas respuestas podrán aproximarse siempre y cuando se piense en

[8] Cursivas de Sigmund Freud.

términos de sujeto de la palabra, dado que "apenas hay sujeto hablante, la cuestión de sus relaciones en tanto que habla no podría reducirse simplemente a un otro, siempre hay un tercero, el Otro con mayúscula, constituyente de la posición del sujeto como hablante" (Lacan, 1957-1958/2010, p. 185). Subraya, asimismo, que el deseo no es algo que aparece allí suelto, sino que es algo que se encuentra articulado en "un mundo donde reina la palabra, que somete el deseo de cada cual a la ley del deseo del Otro" (1957-1958/2010, p. 194).

2.2.2.1. Complejo de Edipo: tres tiempos lógicos

Lo anterior admite la importancia de comprender el papel del Complejo de Edipo, en tanto estructural, situando su desarrollo en tres tiempos que como él mismo indica "no son por fuerza tiempos cronológicos, pero no importa, porque también los tiempos lógicos pueden desarrollarse sólo en una determinada sucesión" (Lacan, 1957-1958/2010, p. 204) que da cuenta de lo capital que resulta en tanto normativa para la psicosis, neurosis o perversión la configuración de estas relaciones del niño con el falo, la madre, y con el padre; relaciones que no son personales sino que precisamente se distinguen como relaciones estructurales.

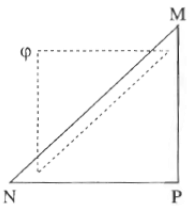


Figura 3: Triángulo imaginario y triángulo simbólico en Lacan (1957-1958/2010)

El primer tiempo tiene que ver propiamente con los primeros esbozos para la constitución de deseo, así el autor observa la relación del niño con el deseo de la madre, y señala que se trata aquí de un deseo de deseo, dicho de otra manera, el niño desea "la apetición del deseo de la madre" (Lacan, 1957-1958/2010, p. 188), esto es que no desea un objeto, desea "el deseo de un sujeto" (Lacan, 1957-1958/2010, p. 204). El padre sí aparece, aunque de una forma todavía bastante velada; a este primer tiempo también se lo conoce como etapa fálica primitiva, ya que el niño se irá dando cuenta de que lo que la madre desea es Otra cosa muy diferente a él, ese objeto de deseo de la madre es el falo, por tanto, el falo aparece en el juego edípico, dejando que el niño se interrogue cómo puede él colmar el deseo de la madre, sí ¿ser o no ser el falo?

El segundo tiempo se comprende como un momento privativo, parece desarrollarse en un plano que es imaginario, puesto que aquí el padre es todo poderoso,

su intervención aparece como privadora e interdictora. Es decir, el padre interviene ya no de manera velada, sino

> en calidad de mensaje para la madre. […] y lo que enuncia es una prohibición, un *no* que se transmite allí donde el niño recibe el mensaje esperado de la madre. Este *no* es un mensaje sobre un mensaje. Es una forma particular de mensaje sobre un mensaje […] a saber, el mensaje de interdicción (Lacan, 1957-1958/2010, p. 208).

En consecuencia, interesa la relación de la madre no con el padre como persona sino con su palabra, pues el mensaje del padre aparece mediado por ella. Además, la prohibición que deviene de este mensaje de interdicción apunta a una doble prohibición del incesto, entiéndase "no es simplemente el *No te acostarás con tu madre*, dirigido ya en esta época al niño, es un *No reintegrarás tu producto*,[9] dirigido a la madre" (Lacan, 1957-1958/2010, p. 208). Este hecho es nodal porque devela a partir del padre que interviene en el lugar del gran Otro, que la madre también está privada del objeto de su deseo – que es el falo – es decir, se introduce en el sujeto la dimensión de la falta a partir de la interdicción del padre, más precisamente del *no* del padre; que paralelamente comunica que existe un gran Otro que puede barrarse. En este sentido, el niño percibe, por un lado, el Otro es quien *tiene o no tiene* el objeto del cual la madre depende; por otro lado, nota que existe una ley mucho más allá de la ley caprichosa de la madre, pues ella – en tanto sujeto hablante – también participa de un orden simbólico, esto es, la ley del Otro, con lo dicho el niño resulta desalojado como objeto de deseo de la madre.

El tercer tiempo es posible si el padre interviene como "el que tiene el falo y no como el que lo es […] para dar lo que está en juego en la privación fálica" (1957-1958/2010, p. 199, 210); es así como, este último tiempo es capital para la salida de este juego edípico. Para tal efecto, ya no se trata de un padre privador, ahora el padre aparece más bien "como permisivo y donador" (1957-1958/2010, p. 212) asimismo, se vuelve potente y real en tal condición reinstaura el falo como objeto que puede desear la madre, es decir, el falo deja de ser el objeto del que le puede privar. De estas afirmaciones se desprende que el padre se presenta "efectivamente en el acto del don. Ya no es en las idas y venidas de la madre donde está presente, por lo tanto, todavía medio velado, sino que se pone de manifiesto en su propio discurso" (1957-1958/2010, p. 211). Con esto, se desprende que la salida del complejo de Edipo depende de que el Ideal del yo se produzca, y este Ideal del yo, valga la redundancia, es posible por la interiorización del padre que

[9] Cursivas de Jaques Lacan.

es lo que finalmente da lugar al sujeto a ser como él, esto es, el sujeto tiene permitido ser idéntico a su padre, para decirlo con Lacan, tiene el "título en el bolsillo" (1957-1958/2010, p. 211); de hecho, "tiene en reserva todos los títulos para usarlos en el futuro" (1957-1958/2010, p. 201).

Sin embargo, la identificación del niño con la instancia paterna no se configura únicamente en este último tiempo, hay también tres tiempos lógicos que dan cuenta de esta configuración. Así, en un primer momento – como se ya se mencionó antes – la instancia paterna se introduce veladamente; puesto que "la cuestión del falo ya está planteada en algún lugar en la madre, donde el niño ha de encontrarla" (1957-1958/2010, p. 200). Más tarde, en un segundo momento, aparece precisamente mediado por la madre ya que su ley caprichosa del primer momento encuentra soporte en el padre; quiere decir que la madre "es quien lo establece como quien le dicta la ley" (Lacan, 1957-1958/2010, p. 200).

Se establece la identificación con la instancia paterna – el Ideal del Yo – y, se vuelve posible la salida del complejo de Edipo, al afirmar la presencia del padre como potente, como real, él lo tiene; él lo podrá donar o negar. Y claro está, como se va articulando el complejo de la castración, pues, para tener el falo, para acceder a él, primero se reconoció como quien es o está privado de él, ahora el niño conseguirá convertirse en un hombre en tanto se identifica con el padre que según insiste Lacan tiene el falo; y la niña en una mujer, pero "ella no ha de enfrentarse con esa identificación, ni ha de conservar ese título de virilidad. Sabe dónde está eso y sabe dónde ha de ir a buscarlo, al padre, y se dirige hacia quien lo tiene" (Lacan, 1957-1958/2010, p. 201); nótese en este sentido, que esta operación de identificación "es, por tanto, una inscripción para el sujeto […] *quiere decir* cuando esta operación es efectiva tiene el efecto de registrar para cada uno, un lugar que no deja de formar manifestaciones clínicas específicas" (Dissez, 2004).

A este respecto, "¿De qué se trata en la metáfora paterna? Propiamente, es en lo que se ha constituido de una simbolización primordial entre el niño y la madre, poner al padre, en cuanto símbolo o significante, en lugar de la madre" (Lacan, 1957-1958/2010, p. 186), entonces, el Nombre del Padre debe ser percibido como el único significante del padre que además se encuentra en reserva, su operatividad es pues lo que se denomina metáfora paterna, y su significación se producirá más tarde, probablemente en la adolescencia. Por tanto,

> El padre es, en el Otro, el que representa la existencia del lugar de la cadena significante como ley. Se coloca, por así decirlo, encima de ella. El padre está en una posición

> metafórica si y sólo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley (Lacan, 1957-1958/2010, p. 202).

3. Hacia el vaciamiento del gran Otro: escritura de S(Ⱥ) y constitución del fantasma (*$◊a*)

Como puede verse, el complejo de Edipo – hay que insistir – no puede ser reducido como un simple mito, se trata de una operación simbólica cuyas coordenadas resaltan a su vez la correlación que presenta con el complejo de castración, que según Lacan (1960) en "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano" representa el mayor resorte de la subversión del sujeto, "con la consecuencia importante de que esta adquiere la significación de un don demandado por el Otro" (Chemama, 1995, p. 123). Si bien introduce el devenir sexual del sujeto – asumir una posición masculina o femenina, saberse hombre o mujer – se trata, además, de la edificación del Ideal del yo, del superyó, de la interiorización de la ley, de la instauración constitutiva de la falta – no solo en el sujeto sino también en el gran Otro – dando lugar a su vez al advenimiento del deseo del sujeto.

> El deseo permite volver funcional la falta, eso significa convertir la falla estructural del lenguaje en un motor. Al hacer de la falta estructural algo funcional, se logra que la falta no abata al sujeto y al contrario este pueda hacer frente a esa falta. Del mismo modo, al nivel del Otro, permite que el sujeto viva ese enigma como una pregunta acerca de lo que el Otro quiere de él o acerca de lo que el sujeto es para el Otro. En otros términos, la función del deseo también consiste en hacer una dialéctica de la relación del sujeto con el Otro (Fernández Durán & Urriolagoitia, 2019, párr. 80).

Empero, la pregunta por su existencia, se plantea como una interrogante constitutiva, dicho de otro modo, "la pregunta por su existencia baña al sujeto, lo sostiene, lo invade" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 526) el sujeto no puede sino articularse en el gran Otro en tanto es el "lugar donde surge el primer significante" (1964/2010, p. 206), ¿de qué modo? En términos freudianos se trata de ese Otro escenario al que designó el del inconsciente, y que con Lacan se reconoce como discurso del gran Otro, nótese que su estructura (la del inconsciente) es la del lenguaje; por tanto, el inconsciente "a partir de Freud, es una cadena de significantes que en algún sitio (en otro escenario, escribe él) se repite e insiste para interferir en los cortes que le ofrece el discurso efectivo y la cogitación que él informa" (1960/2009, p. 760).

Ahora bien, hay que pasar del matema especular *i'(a)* – tratado a partir del esquema óptico – al matema del fantasma (*$◊a*). Para llegar a la formulación de este fantasma, Lacan pone en consideración a la demanda que no es sino demanda de amor,

trazando un esquema donde dibuja una división, como la operación que se produce en la relación de soporte entre el gran Otro y la demanda.

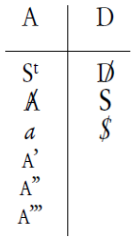


Figura 4: Esquema sincrónico de la dialéctica del deseo en Lacan (1958-1959)

Ricardo Rodríguez Ponte encuentra dos posibilidades para este esquema, en ambas se observa que Lacan escribe una D mayúscula en el lugar del divisor para referirse a la demanda, una A para referirse al gran Otro por su voz francesa en el lugar del dividendo, lo que permite leer que el gran Otro es dividido por la demanda; lo que sucede en el lugar del resto, lo que está debajo del gran Otro, comprende precisamente su barradura

> por el hecho de que es en términos de alternativa significante que se articula la necesidad del sujeto, que se instaura todo lo que en lo que sigue va a estructurar esa relación del sujeto con él mismo que se llama el deseo.
>
> El Otro, en tanto que es aquí alguien real pero que es interpelado en la demanda, se encuentra en postura de hacer pasar esta demanda, cualquiera que sea, a otro valor que es el de la demanda de amor como tal, en tanto ésta se refiere pura y simplemente a la alternativa presencia-ausencia (Lacan, 1958-1959/2015, p. 20);

y, se observa que el *a* es el resto de esta operación, es decir, surge el objeto *a* que es objeto causa del deseo; y en este sentido, la barradura también se escribe para el sujeto que está ubicado en el lugar del cociente. Ahora, aquí yace la diferencia en estos dos esquemas, el primero, observa que falta algo en el gran Otro, por más que la demanda del sujeto insista va a seguir encontrando ese lugar como incompleto, como ahuecado: A', A'', A''', lo que también puede leerse como [S(Ⱥ)] – punto de pivote para la estructura del fantasma. En cambio, el segundo esquema, expone como el objeto *a* "por el efecto del significante en la demanda se instaura – no una pérdida de algo – sino una funcion de pérdida. […] Pérdida que no es inoperante, pues se ubica como causa del deseo" (Ortiz, 2021, p. 27); y, que además está en constante movimiento por justamente, el recorrido pulsional.

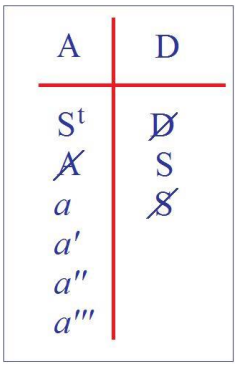


Figura 5: Esquema sincrónico de la dialéctica del deseo en Lacan (1958-1959)[10]

Darmon sintetiza este proceso, diciendo:

> En el matema del fantasma ($◊a) el sujeto está articulado a este objeto *a* por este corte ◊. Esta fórmula puede leerse de la siguiente manera: un sujeto es el efecto de un corte en el Otro que produjo la caída del objeto *a*, es decir que la repetición del significante de la demanda que cava ese agujero en el Otro, gira entorno ese objeto *a*. Y este constituye el resto, el producto primordialmente perdido, verdadera causa del deseo (2008, p. 134).

A partir de estas ideas se comprende que la constitución del fantasma ($◊a) se presenta para el sujeto como un modo para vérselas con el enigma del deseo del gran Otro, es decir, el fantasma encuentra su articulación particular con la falta en el gran Otro – la noción de falta que en psicoanálisis no significa una negatividad inoperante, de hecho es una negatividad operante – ahora bien este modo resulta finito, esto es, que, si bien sirve como soporte imaginario "para que el sujeto dé cuenta de su estructura de ser del habla" (Forget, 2012, párr. 15), puede fallar también, y estas falencias, son las que constantemente hacen notar que es la estructura del fantasma, lo que enmarca al deseo, y el objeto *a* es aquello que lo esculpe (Lacan, 1962-1963).

Finalmente, lo anterior no hace sino poner en evidencia – según Lacan – "el gran secreto del psicoanálisis. El gran secreto es: no hay Otro del Otro" (1958-1959/2015, p. 331). Entonces, no queda más que apoyarse en el grafo del deseo según el trabajo del Seminario "El deseo y su interpretación" (1958-1959) tal como el autor lo dibuja en el artículo "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano" (1960) atendiendo especialmente sobre lo que ocurre en el nivel del gran Otro.

[10] Rodríguez Ponte señala que no le es fácil decidirse por un solo esquema, por los escasos comentarios que realiza Lacan; el primer esquema proviene de una versión de Claude de Bernard y AFI, mientras que el segundo de una versión de Staferla

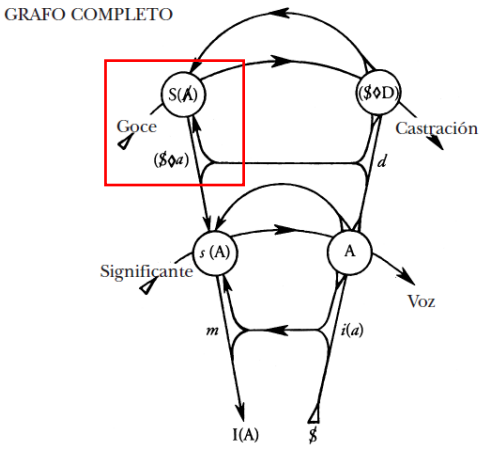


Figura 6: Grafo del deseo en Lacan (1958-1959/2015)[11]

> La A mayúscula tachada significa lo siguiente: en A - que es, no un ser, sino el lugar de la palabra, el lugar donde yace, en forma desplegada o en forma plegada, el conjunto del sistema de los significantes, es decir, de un lenguaje- falta algo. Lo que allí falta no puede ser más que un significante; por eso la S. El significante que falta en el nivel del Otro: tal es la fórmula que da su valor más radical al S(A) (1958-1959/2015, p. 331).

Se trata pues, del piso del grafo, en el cual, aunque el sujeto espera una respuesta para su demanda, "no la halla en tanto que encuentra en el Otro, en ese nivel, ese hueco, ese vacío" (1958-1959b, p. 5). Estas observaciones informan, como se ha visto en este recorrido, hubo momentos en que, para el sujeto, el gran Otro devino como absoluto, real, como siendo encarnado, habitado por alguien; estos momentos que también son importantes encuentran su lógica en cuanto el Nombre del Padre interviene y su operatividad se significa en lo que se denomina metáfora paterna, el gran Otro se vuelve un lugar simbólico, "sitio, y lugar del significante" (Lacan, 1967, p. 18). Para insistir con Lacan, no hay una substancia, el gran Otro es un lugar, del que entonces, se le plantea al sujeto *Che vuoi?* ¿Qué me quiere? ¿Qué quiere de mí?

Decir que el gran Otro responde S(Ⱥ) significante de una falta en el gran Otro, implica que el gran Otro "tiene la particularidad de ser un significante que no existe y que falta en el conjunto de los significantes" (Darmon, 2008, p. 135), con lo cual, el sujeto "se encuentra marcado por este desfallecimiento, por esta no-garantía en el nivel de la verdad del Otro" (1958-1959a, p. 22). Sin embargo, "no quiere decir que todo lo que ocurre en el nivel de A no valga nada –dicho de otra manera, que toda verdad sea falaz" (1958-1959/2015, p. 331). De hecho es capital comprender que S(Ⱥ) es una operación que

[11] El cuadro de color rojo no corresponde al grafo original, se utiliza para señalar el lugar donde se pone mayor atención.

deviene estructural, retornará una y otra vez en la vida del *$*, si tiene suerte se volverá síntoma y se logrará sostener en lo que ya se ha dicho en párrafos anteriores, en el enfrentamiento con el fantasma, por tanto, el fantasma es también fundamental.

CAPÍTULO 3. El Vaciamiento del gran Otro en la adolescencia

El presente capítulo propone una articulación entre la adolescencia, no como aquel concepto definido extraterritorialmente del campo teórico del psicoanálisis, sino entendido como un término que da cuenta de un tiempo lógico que implica una metamorfosis tanto libidinal como subjetiva y, el concepto del gran Otro como lugar de la alteridad radical. Vale recordar que "Lacan equipara esta alteridad radical con el lenguaje y la ley, de modo que el gran Otro está inscrito en el orden de lo simbólico[12]. Por cierto, el gran Otro es lo simbólico en cuanto está particularizado para cada sujeto" (Evans, 1997, p. 143). Sin embargo, hay que subrayar que "el Otro no podría confundirse con el sujeto que habla en el lugar del Otro" (Lacan, 2005, p. 85) es decir, "no se trata de alguien; es una alteridad no personal. Es el lugar donde el decir es leído y sancionado como dicho. Lacan dirá que es un sitio para destacar que no es un lugar espacial" (Carbajal, D'Angelo, & Marchilli, 1986, p. 41). Esta articulación se propone en el punto en que este recorrido permite introducir el matema S(Ⱥ) significante de una falta en el Otro, es decir, en el punto en que se encuentra que el Otro también está barrado; este hecho resulta subjetivante y, en el presente trabajo se plantea leerlo como operación de vaciamiento a partir del trabajo de Martine Lerude desarrollado en las "Jornadas de trabajo sobre *La cuestión de la adolescencia*" (2008) donde se refiere al vacío en tanto constitutivo:

> Decir que el gran Otro está vacío quiere decir que está vacío de una respuesta, vacío de una respuesta que sería la respuesta buena para todos, que está vacío de un Uno, coherente, tranquilizador, consistente, de un Uno que podría decir de manera unívoca lo que hay que hacer, decir cuál sería el buen goce. Un Uno que podría indicar al adolescente su lugar en el mundo y cómo ser amado. Decir que el gran Otro está vacío, es decir que ya no hay figura que pueda colmar. Ese vacío se expresa por la pérdida de sentido y la pérdida de certidumbres, ya que no hay garantía con respecto a la verdad de su palabra, ya no hay significante unívoco que pueda garantizar su enunciación. En otras palabras, el adolescente perdió su casa su refugio y de ahí en adelante debe apoyarse en su propio deseo (p. 34).

3.1. La cuestión de la negatividad: de la filosofía al psicoanálisis

Ahora a modo de preámbulo se revisará muy brevemente sobre el concepto de la negatividad desde la filosofía para llegar a sus efectos subjetivos –desde el psicoanálisis–

[12] Decir que el gran Otro está inscrito en el orden simbólico no implica la exclusión de los otros dos órdenes, siempre están anudándose, aunque no de la misma forma.

y así entonces, retomar estas palabras que menciona Lerude. Primero, como punto de partida se destaca la noción de *Aufhebung*, de la filosofía de Hegel, noción que fue traducida por Alexandre Kojève (1933-1939) como *Supresión-dialéctica* para "dar cuenta del hecho de la existencia del Hombre en el Mundo al Hombre tal y como es realmente, es decir, en su especificidad irreductible" (1933-1939/2013, p. 537-538). Para Friedrich Hegel (1770-1831) la supresión-dialéctica se realiza mediante una acción negadora [*Negativitlät*] la cual debe entenderse como una acción creadora que "consiste precisamente en esta aniquilación del Ser" (1933-1939/2013, p. 486) y,

> Solamente se puede dar cuenta del Hombre entendido así teniendo en cuenta la Negatividad que él encierra o realiza, es decir, describiendo el *movimiento dialéctico* de su existencia real, que es el de un ser que sigue siendo él mismo aun no siendo ya lo mismo (1933-1939/2013, p. 538).

Siguiendo este lineamiento, el pensamiento de Hegel sitúa a la negatividad como una acción fundamental para el ser, pues se refiere propiamente a la acción que, si bien destruye lo que aparece dado, es también una acción creadora en tanto que es la que abre paso al hombre como tal a reconocerse como un ser libre, con conciencia de sí, con sentido del ser, en tanto lo realiza.

Por su parte, Martin Heidegger (1889-1976) en el interés de responder ¿de qué se trata la cercanía?, ¿cuál es su esencia? se halla con la pregunta por "La Cosa" *Das Ding* (1950) y, con el propósito de responder ¿qué es la cosa en sí? utiliza el apólogo de una jarra, en tanto es ejemplo de una cosa, y aunque parece un ejemplo bastante a la ligera, lo hace justamente porque le sirve para descartar de manera bastante obvia la idea que supone que la cosa es un simple objeto que está allí.

> La pared y el fondo de los que consta la jarra y gracias a los cuales la jarra se mantiene en pie no son propiamente lo que acoge. Pero si esto último descansa en el vacío de la jarra, entonces el alfarero, que con el torno da forma a la pared y al fondo, lo que hace no es propiamente la jarra. Lo único que hace es moldear la arcilla. No... moldea el vacío. Para él, hacia él y a partir de él moldea la arcilla dándole una forma. El alfarero lo primero que hace, y lo que está haciendo siempre, es aprehender lo inasible del vacío y producirlo en la figura del recipiente como lo que acoge. […] La cosidad del recipiente no descansa en modo alguno

> en la materia de la que está hecho, sino en el vacío que acoge (Heidegger, 1950/1994, párr. 18).

De este modo, a partir de este filósofo la jarra es lo que pone de manifiesto el lugar del vacío, pero no debe confundirse con el vacío real que comprende la física; se trata más bien de "lo que acoge del recipiente. El vacío, esta nada de la jarra, es lo que la jarra es como recipiente que acoge" (1950/1994, párr. 16). Heidegger, también toma el vino como ejemplo de lo que puede ser vertido en la jarra, y, va a decir que "lo que hacemos es verter el vino entre las paredes y sobre el fondo. […] Cuando llenamos del todo la jarra, el líquido, fluye en la jarra vacía" (1950/1994, párr. 16). Siguiendo este lineamiento, se desprende del pensamiento de Heidegger primero que la jarra no es un objeto que está allí dado, es lo que ha sido hecho alrededor del vacío, lo que ha sido moldeado no su material que en este caso es la arcilla; entonces, se observa que el vacío, aunque resulta inaprensible, comprende justamente lo operante, la función del recipiente, es decir, ocupa un lugar en cuanto condición de constitución, de creación, de producción, de posibilidad, ya que allí donde se le supone, se puede dar cuenta de un continente, de un lugar que es posible ocupar, allí *la presencia es posible en tanto se supone que hay ausencia*. Esto que se acota implica un efecto imaginario, que en el vacío *puede haber*, ¿qué? una cosa en tanto que se sostiene en una estructura simbólica (presencia-ausencia) como se ha anotado antes en relación al *fort da* con Freud.

Ambas referencias en Heidegger y en Hegel (a través de la lectura de Kojève) han permitido perseguir de manera bastante rápida este concepto de negatividad en el campo de la filosofía. Ahora es importante considerar el modo en que este concepto se encuentra ligado en las formulaciones de Lacan manifestando su valor estructural fundamental, y, tomando las palabras del autor remite a "una función ontológica en esa hiancia" (1964/2010, p. 37) que a su vez permite reconocer la función estructural de la falta. De lo dicho se desprende el poder hallar diferentes modos de organización de la negatividad, de la diferencia, desarrollados por Lacan y que se proponen plantear en las siguientes líneas.

"La falta es una negatividad dialéctica" (Recalcati, 2003 p. 12) que concierne al sujeto del inconsciente "esta falta es, hablando con propiedad, falta de ser. No es falta de esto o de aquello, sino falta de ser por la cual el ser existe" (Lacan, p. 1954-1955/2008, p. 334). A este respecto, Lacan va primero a puntualizar sobre el papel del objeto perdido en el Seminario "La relación de objeto" (1956-1957) subrayando de allí la relación de

objeto para el sujeto y diferenciando tres formas de la falta de objeto: castración, frustración y privación, ubicando para cada una un agente y objeto. Más adelante,

> cuando Lacan introduce el símbolo algebraico del Otro barrado, la falta empieza a designar la falta de un significante en el Otro. Por más significantes que se agreguen a la cadena de significantes, esta siempre será incompleta; siempre le faltará el significante que podría completarla. Este "significante que falta" es constitutivo del sujeto (Grippo, 2012).

Por otro lado, la cuestión de la castración ha sido revisada y articulada en el segundo capítulo en referencia al complejo de Edipo, se puede agregar que es una operación simbólica donde interviene un agente real que es el padre y, un objeto imaginario que es el falo (Lacan, 1956-1957/2008); en este sentido, "todo ser hablante se encuentra a expensas de la castración" (Paola, 2016, p. 47).

La Cosa *das Ding* es una cuestión que va a interrogarse y a trabajar sobre todo en el Seminario "La ética del Psicoanálisis (1959-1960), señalando por un lado que se trata originalmente del "fuera-de-significado" (1959-1960/2007, p. 70) que pone en juego el movimiento del significante en tanto que "es aquello en torno a lo cual se organiza todo el andar del sujeto" (1959-1960/2007, p. 68) pues, "en relación a ese *das Ding* original se realiza la primera orientación, la primera elección, el primer emplazamiento de la orientación subjetiva" (1959-1960/2007, p.70). En adición, la fórmula lacaniana abordada en el Seminario 20 "Aun" que soporta que "no hay relación sexual" (1972-1973/2008, p. 174) es otro buen ejemplo en que este autor permite encontrar una referencia a la negatividad.

Con relación a la nada se puede situar también eso que inagotablemente aparece como residuo de la operación subjetiva, eso que, "se constituye en la relación del sujeto con el Otro como resto" (1962-1963c, p. 2). Se trata de lo que Lacan designa como objeto *a*, y que en Freud hace referencia al objeto primordialmente perdido. Ya que siempre se está restando Lacan subraya que este objeto *a* "debe ser concebido como la causa del deseo) (1962-1963a, p. 5) como "el lugar que el lenguaje no puede recubrir haciendo marca" (Paola, 2016, p. 70) por tanto, "es irreductible" (1962-1963c, p. 8) a la significación. Aunque, se denomine objeto no se refiere a un objeto como tal, tiene que ver más bien con una función cuya lógica expone que es "lo que cae por efecto de la barra" (Melman, 1994-1995/1997, p. 18).

Con respecto al vacío, Lacan también le concede un papel importante, su operatividad tiene que ver con la noción continente-contenido (1953-1954/2001), asimismo, remite a la posibilidad de presencia-ausencia. El vacío concierne a la estructura, pues "lo que es la estructura, es lo que no está ahí" (1957-1958/2010, p. 327). Aunado a esto, Recalcati subraya: "lo que da vida al vacío es el deseo" (2003, p. 12).

Dado que Lacan utiliza una *$* para referirse al sujeto del inconsciente, del lenguaje, vale señalar que esta nominación algebraica es la representación del sujeto que se ve afectado por la acción de una barra oblicua o, dicho también, el sujeto es designado como un sujeto barrado, como un sujeto tachado; esto significa, "el sujeto en cuanto tal es, a su vez, un sujeto marcado por la barra" (358). Entonces, es posible anotar la trasposición lacaniana del algoritmo saussureano, como ese primer contexto en el que el autor ocupó *la barra* (como línea horizontal) en el cual ya no se trata de una división en dos campos distintos, a saber: significante y significado, a partir de Lacan no se lee significado *sobre* significante, sino que más bien se sitúa "la primacía del significante sobre el significado" (1956/2009, p. 338), es decir, tiene que ver con "la posición primordial del significante y del significado como órdenes distintos y separados inicialmente por una barrera resistente a la significación" (Lacan, 1957/2009, p. 465). Se observa que la barra del algoritmo saussuareano resulta ser la que barra al Otro Ⱥ y también la que divide al sujeto dando lugar al sujeto barrado es decir, al sujeto deseante. Asimismo, en el seminario "Los incautos no yerran (Los nombres del padre)" (1973-1974) "la barra tacha el artículo definido *La* cuando precede al sustantivo mujer, *La/ mujer no existe*. El articulo definido indica universalidad y, al tacharlo, Lacan ilustra su tesis de que la feminidad es resistente a todas las formas de generalización" (Evans, 1997, p. 44). De este modo, se puede colegir la importancia de la barra, en tanto barramiento o tachadura como lo que soporta el efecto de significación, pues "no hay ninguna significación que se sostenga si no es por la referencia a otra significación" (Lacan, 1957/2009, p. 466).

Esto último no puede sino remitirnos a la definición del significante por Lacan, que señala que

> *un significante es lo que representa un sujeto, ¿para quién?* Justamente, no "para quién", *para otro significante* […] Esto quiere decir dos cosas: en primer lugar, que el significante sólo adquiere su status ahí y a continuación por su relación con el otro significante, el que inaugura la dimensión de la *batería significante* […] y que, por otra parte, *el significante es anterior al sujeto* (1967, p. 17-18).

Estos diferentes modos de organización de la negatividad en las formulaciones lacanianas, permiten decir a partir de la función que revela que pertenece al orden simbólico el cual remite siempre a "la oposición binaria fundamental entre la ausencia y la presencia" (Evans, 1997, p. 41). No obstante, vale decir que el vacío – la operatividad que de él se desprende – aparece como una manera que corresponde en cambio al orden imaginario para sostener esta presencia-ausencia, considerando que solo se puede suponer que hay ausencia si se piensa que: allí donde se ubica la ausencia antes fue posible una presencia (Lacan, 1953-1954).

Hay una expresión de Charles Melman pertinente a esta cuestión del vaciamiento del gran Otro, él señala: "el cielo está vacío" (2005, p. 39), y se puede anotar que en su expresión se presupone al *cielo* como una cavidad, hablando en un nivel simbólico, pues decir que el cielo está vacío permite reconocer al cielo como un lugar de inscripción simbólica que alberga una presencia; allí el vaciamiento se plantea como la operación que permite dialectizar la presencia-ausencia del gran Otro cuyos efectos pueden ser imaginarios pero están siempre mediados por lo simbólico, o eso se espera. Además, Melman agrega "constatar que el cielo está vacío, decir que no hay nada en el Otro, no quiere decir que el Otro está abolido" (2005, p. 39).

3.2. El Otro en la adolescencia

En tal sentido, con las referencias que se pudieron recopilar hasta aquí, conviene ahora retomar los apuntes de Martine Lerude, a propósito de la "La cuestión del Otro en la adolescencia" (2008). Es importante considerar que para el sujeto "el gran Otro, es el lugar de estructuración de su palabra, el lugar de sus propias marcas" (Forget, 2005, p. 29) y esta relación del sujeto al Otro está siempre organizada según el modo en que se anudan los tres registros: lo simbólico, lo imaginario y lo real. Lerude recuerda a través de la visión de Lacan que hubo un tiempo anterior a la adolescencia en donde según "la historia de todo sujeto, al inicio, el Otro está encarnado" (2008, p. 90), motivo por el cual, para el sujeto – adolescente – el gran Otro, que es también el lugar de la alteridad fundamental, aparece representado por la Otra generación, la de los adultos que pueden ser los padres, los abuelos, los profesores, el psiquiatra, el clínico con quien se encuentra en el consultorio, alguna institución religiosa, los mayores.

La autora repasa brevemente el gran Otro en referencia con estos tres registros mencionados anteriormente; manifestando que el Otro en tanto real comúnmente es representado por los padres o por quienes han desempeñado sus funciones atendiendo a

las necesidades y cuidados del infante, es decir, se trata de quienes reciben al infante en el mundo del lenguaje consintiendo la inscripción de aquellas primeras marcas significantes que lo determinarán como sujeto del lenguaje; no obstante, según la literatura psicoanalítica la madre es quien aparece como el Otro primordial.

El Otro simbólico tiene que ver justamente con "un lugar donde muy evidentemente no hay nadie" (Lacan, 1971, p. 28) pero en cuanto lugar es depositario no solo de la lengua materna sino también del deseo de esos padres que trajeron ese hijo al mundo, de la historia familiar, de las referencias simbólicas como instancias de autoridad. La novela familiar de los neuróticos que Freud describió como la "enajenación respecto de los padres" (1908/1992, p. 218), de sus figuras construidas durante la época infantil es lo que corresponde al Otro en tanto imaginario, pues, en la adolescencia se trata de aquellas figuras parentales imaginarizadas a partir de la "añoranza del niño por la edad dichosa y perdida en que su padre le parecía el hombre más noble y poderoso, y su madre la mujer más bella y amorosa" (Freud, 1908/1992, p. 220); esto último no excluye que las figuras ideales de los padres se construyan aunque hayan sido deficientes o peor aún hayan estado ausentes.

3.3. El Otro sin Otro

La dificultad que deviene de las fallas de la relación del sujeto del Otro se ponen a prueba mayormente en este tiempo de la adolescencia que, aunque puede mostrarse muy semejante para algunos adolescentes, siempre se manifestará de manera particular. Hasta aquí se ha trabajado varias aproximaciones teóricas sobre el vacío y sobre el vaciamiento, sin embargo, ¿qué se puede decir de esta operación en la adolescencia? ¿de qué se trata el vaciamiento del Otro en este tiempo estructural del sujeto? ¿qué modos encuentra el adolescente para responder frente a esta operación? ¿acaso siempre se produce este vaciamiento? ¿solo sucede en la adolescencia? son algunas de las interrogantes que surgen y que asimismo se intentará responder.

A partir del momento en que el sujeto adolescente se halla confrontado frente al hecho que el gran Otro se encuentra también marcado por la barra Ⱥ, se configura esta operación que se plantea con el nombre de vaciamiento, de vaciamiento del gran Otro. Vale recordar que hubo un tiempo lógico anterior en que el Otro en tanto lugar aparecía para el adolescente como un lugar consistente, fiable, de apoyo, inclusive encarnado en donde creyó se encontraba la garantía para su existencia como sujeto en este mundo que es un mundo del lenguaje (Lerude, 2008).

Lo que Lacan escribe como el significante de una falta en el Otro S(Ⱥ) sirve bastante bien para comprender por un lado que el vaciamiento del Otro en la adolescencia es una operación necesaria –que, sin embargo, puede no producirse siempre– para la constitución del sujeto en tanto sujeto deseante; esto implica que si bien

> ya no hay nadie más para decirle qué hacer y para responder a las preguntas: ¿qué soy para ti? ¿cuál es mi valor? ¿qué quiero? ¿cuál es mi lugar? ¿cuál es la buena manera de ser un buen hijo o una buena hija? ¿cómo hay que hacer en tanto hombre o en tanto mujer? ¿qué tengo que hacer entonces si yo no sé qué es lo que el gran Otro quiere de mí? (Lerude, 2008, p. 29-30);

el vaciamiento es aquella operación que – según lo trabajado hasta ahora – va a ordenar y a sostener a partir del encuentro con la falta, la pregunta por el deseo. Para decirlo con las palabras de Lerude esta operación permite al sujeto adolescente apoyarse y comprometerse en su deseo (2008).

Y, por otro lado, la autora reconoce un cambio en la relación con el gran Otro, señala que se trata de una inversión que supone "pasar de la demanda al Otro a la demanda que viene del Otro" (2008, p. 51). Es así que esta nueva relación del sujeto con el Otro –vacío– "puede provocar un estado de errancia, de desesperanza" (Lerude, 2008, p. 33) en el sujeto que en consecuencia devela diferentes modalidades de respuesta las cuales por cierto no deben confundirse como patológicas, más bien son propias de este tiempo adolescente; no obstante, no significa que haya que descartar tal posibilidad.

3.3.1. Pero, ¿qué es la autoridad?

Vale dedicar unas líneas para comprender de qué se trata la autoridad en tanto que muchas de las interrogantes que se ponen en juego cuando se refiere a la adolescencia, a los adolescentes es sobre esta. Las preocupaciones de los padres, de los tutores, de los profesores muchas de las veces giran en torno al manejo, al ejercicio de la autoridad, o también la pregunta al clínico es sobre cómo recuperar la autoridad con los adolescentes. Por ello, se tomará en cuenta "La noción de Autoridad" escrita en 1942 de Alexandre Kojève puesto que su lectura de la obra de Hegel influyó en las formulaciones teóricas de Lacan y en consecuencia resulta de interés para la lectura psicoanalítica.

La noción de autoridad que introduce Kojève (1942) pone de manifiesto que es un fenómeno particularmente humano, social e histórico dado que para él se produce en un mundo cuya estructura es temporal. En su análisis inicial distingue cuatro teorías –

encontradas a lo largo de la historia – que exponen asimismo cuatro formas puras e irreductibles de autoridad - cada una de estas teorías se reconoce como la única autoridad posible. A saber: 1) la teoría teológica o teocrática ubica como figura a Dios en tanto padre, corresponde a la tradición (al pasado) y, a su vez supone que se trata de la autoridad primaria de la cual se derivan las demás; 2) la teoría de Platón es la autoridad justa, es decir, su ejercicio descansa en la justicia por lo cual su figura es la del juez y en cambio es de tipo atemporal; 3) la teoría de Aristóteles tiene que ver con la autoridad del sabio, su figura puede ser el jefe, el maestro corresponde más bien al futuro; y 4) la teoría de Hegel tiene que ver con la autoridad del Amo sobre el esclavo la cual requiere que este último reconozca ambas posiciones, ocurre en el presente (Kojève, 1942/2006).

El autor continúa y define la esencia de la autoridad como "la posibilidad que tiene un agente de actuar sobre los demás (o sobre otro), sin que esos otros *reaccionen* contra él, siendo totalmente *capaces* de hacerlo (1942/2006, p. 36); teniendo en cuenta que "es preciso que existan *dos*, por lo menos, para que haya Autoridad" (1942/2006, p. 36). Esta anotación permite a su vez situar la lógica de la autoridad en un orden simbólico que es el orden del pacto, en tanto "el pacto supone la puesta en confianza, precisamente porque el Otro puede engañar –la cuestión de confianza no tiene ningún sentido si el Otro no puede equivocarse" (Czermak, 2001, p. 86).

Contrario al mal entendido que se puede desprender del término autoridad, su ejercicio no tiene nada que ver con el uso del poder, la fuerza, la violencia, la dominación, la persuasión ni mucho menos la hipnotización, en realidad "no hay que hacer nada para ejercer la Autoridad" (Kojève, 1942/2006, p. 38). El verdadero cimiento de la autoridad es el reconocimiento que además conlleva su legitimidad, esto quiere decir que, "solo existe en la medida en que es *reconocida.* La génesis de la Autoridad es la génesis de su *reconocimiento* por parte de quienes la van a experimentar" (Kojève, 1942/2006, p. 58). En la elaboración que realiza Kojève, se comprende que, aunque es posible ubicar la autoridad en distintos agentes, no significa que cada vez se crea una nueva autoridad, sino que ha sido transmitida a través de herencia, nominación o inclusive por elección. En cuanto a la autoridad del padre, va a decir primero que no debe confundirse con su valor personal en tanto padre biológico, sino como personaje (agente) simbólico – de hecho, se puede decir con Lacan que tiene que ver más bien con la operación del Nombre del Padre, esto es la metáfora paterna. Del mismo modo, menciona

> La autoridad del Padre también es independiente del hecho de que encarne o no a la Justicia. […] existen *conflictos* entre la obediencia filial y el sentimiento de justicia. Y una orden del Padre puede ser ejecutada sin discusión (sin "reacción"), incluso si contradice lo que el hijo cree que es justo. (Kojève, 1942/2006, p. 47).

Ahora como un breve paréntesis, Karl Marx (1818-1883) fue otro filósofo de origen judío cuyo trabajo igualmente sirve de apoyo para aproximarse a lo que comprende la autoridad. Es cierto que el interés de Marx era otro muy diferente al interés clínico del psicoanálisis, sus interrogaciones que se constituyeron a modo de críticas contribuyeron de manera especial dentro del campo de la economía, filosofía, sociología y política; su pensamiento sirvió al desarrollo de la teoría de la lucha de clases, interpelando la relación entre el capital y el trabajo. Teniendo en cuenta lo anterior, a diferencia de la filosofía idealista de Stirner quien refería que el verdadero paso del niño al hombre –hombre racional– solo era posible porque había una aspiración por alcanzar el *espíritu acabado* en tanto ideal del hombre, limitando su concepción al campo de la abstracción (Marx y Engels, 1932/2015). Marx sostuvo que "la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales" (Marx, 1845/2004).

Marx retoma las ideas de Stirner con relación a la naturaleza del hombre y las crítica; en primera instancia observa que en el pensamiento de Stirner las condiciones materiales, económicas y sociales no tienen mayor importancia, por ejemplo, para este autor no existe diferencia entre un niño que cuenta con la manipulación material de los juguetes para jugar y aquel niño que no los tiene, él afirma para ambos que aunque en su infancia "pasaba rápidamente de largo por delante de la pregunta: ¿qué es la verdad?" (Marx y Engels, 1932/2015, p. 132) llega un momento en el cual aquel niño dedica su atención al mundo de las cosas, y allí "triunfa sobre él y entra entonces en una nueva fase, la de la *juventud*, en la que tiene que afrontar una nueva y amarga lucha por la vida" (Marx y Engels, 1932/2015, p. 131); y, más tarde entonces para volverse hombre, el joven – que todavía es espíritu imperfecto– *se*[13] halla en la búsqueda del espíritu perfecto, el espíritu ideal (Marx y Engels, 1932/2015).

Stirner no se detiene para informar sobre cómo ocurre este último paso (del joven al hombre), haciendo notar que ocurre porque debe ocurrir, porque es la naturaleza del

[13] Marx resalta: "¡*Se*! Nos encontramos aquí con la segunda persona impersonal al servicio de Stirner, quien le obliga a ejecutar las faenas y los servicios más duros" (Marx y Engels, 1932/2015, p. 133).

hombre convertirse en hombre racional, no hay otra salida para este autor. En cambio, Marx subraya siempre la importancia no solo de las relaciones sociales sino también de las condiciones materiales, económicas y sociales en las que se producen; e inclusive se puede agregar las condiciones del neurodesarrollo. A diferencia de Stirner, Marx sostuvo que "el ser de los hombres es su proceso de vida real" (Marx y Engels, 1932/2015, p. 26), entendiendo de esta forma que la naturaleza del hombre está sujeta siempre a las condiciones del proceso de desarrollo material y, por tanto, real de la vida.

Finalmente, Marx destaca:

> El hombre que, como joven, se pone en la cabeza toda una serie de estúpidas ideas acerca de las potencias y relaciones existentes, tales como el Emperador, la Patria, el Estado, etc., y sólo las ha conocido como sus propios "delirios febriles" bajo la forma de su propia representación, *destruye según San Max realmente estas potencias* al quitarse de la cabeza su falsa opinión acerca de ellas. […] Al desaparecer para él la corporeidad *fantasmal* del emperador, no desaparece para él la corporeidad, sino la *fantasmalidad* del emperador, cuyo poder real puede precisamente ahora valorar en toda su extensión (Marx y Engels, 1932/2015, p. 137-138).

En líneas generales, el pensamiento de Marx da lugar para comprender: por un lado, la autoridad no es una entidad propiamente dicha de modo que no desaparece, lo que, sin embargo, en ocasiones puede desaparecer son las ideas que existen alrededor de *la autoridad* en su forma imaginaria. Por otro lado, también invita a pensar que el vaciamiento – en tanto operación – no es un proceso *evolutivo per se*, es decir no es un proceso que deviene naturalmente, ni tampoco debe confundirse como un proceso de desfantasmatización únicamente. Es así que, vale señalar en la adolescencia, se puede observar cómo los adolescentes conmueven la organización simbólica en la que están inscritos; inclusive se encuentran ocasiones en las que se les demanda conmover la organización de la autoridad según el contexto histórico en el que se hallen.

Volviendo a la lectura psicoanalítica, queda claro que no se trata de buscar quién o qué es la autoridad, sino quién la detenta. Se puede anotar a partir de Lacan que la autoridad es justamente la autoridad de la palabra, de la palabra que puede decir la verdad del sujeto; entonces, está ligada a las operaciones constitutivas del sujeto (como el Complejo de Edipo) y, por supuesto tiene que ver con la Ley del significante que permite crear lazo social entre los sujetos reconociendo – no necesariamente aceptando – la prohibición del incesto y del parricidio con la promesa del deseo (Lacan, 1964).

De tal manera cabe la siguiente pregunta, "¿para qué sirve la autoridad? ¡Para autorizarnos! La autoridad sirve para poder disponer de legitimidad para comprometerse como sujeto en una palabra o en un acto, incluso el de decir" (Lebrun, 2014, p. 153). En este sentido según anota Kripper, "la autoridad debe ser puesta en el gran Otro en tanto que de él proviene el discurso que habla al sujeto sobre su historia" (2011, p. 108). Sobre esto, Melman aclara que "lo que normalmente reprochamos a la autoridad no es por ser excesiva, sino no por no ser completa" (2014, p. 169).

3.3.2. Clínica del vacío: efectos del vaciamiento del Otro en la adolescencia

Pero entonces, en la adolescencia ¿qué es lo que se hace frente a este vaciamiento? ¿cómo puede responder el sujeto adolescente sabiendo que en el Otro hay un lugar que está vacío? Si la clínica psicoanalítica soporta la singularidad del sujeto, entiéndase que su lectura siempre será la lectura del caso por caso; no es posible decir que existe un único modo de respuesta frente a este vaciamiento, ni tampoco enumerarlos todos. No obstante, a partir de quienes han dedicado su trabajo a la praxis clínica con adolescentes se puede dar cuenta de algunas de las modalidades que han inventado los adolescentes para responder a esta operación de vaciamiento del gran Otro.

Por ejemplo, Martine Lerude encuentra la depresión en la adolescencia como una modalidad particular –no la única– pero sobre todo transitoria del sujeto en su relación con el Otro, aunque paradójicamente puede ser poco congruente con lo que se espera de los adolescentes, en tanto "siempre se espera de un adolescente que sea entusiasta, exuberante dinámico … y no triste, inhibido, atascado" (Forget, 2008, p. 13). Aunado a esto, Lerude agrega: "surge cuando el Otro está vaciado de las figuras que garantizaban al niño el sentido de su existencia" (2008, p. 87). Insiste en que no se trata de una expresión clínica fortuita, tampoco es una melancolía, corresponde a un momento estructural propio de este proceso subjetivo que obviamente, va a manifestarse de un modo completamente particular pero que es válido para todos los adolescentes; Forget por su parte, menciona que tiene que ver con "el revés de un trabajo de castración" (2008, p. 15).

Así pues, esta modalidad de respuesta que aparece ante el vacío del Otro se articula al sexo, la muerte y el Padre en tanto significantes que hacen notar la problemática de la alteridad, de lo imposible, de la diferencia irreductible "en torno a los cuales el adolescente podrá desplegar sus propias articulaciones significantes para poder contarse uno entre otros" (Lerude, 2008, p. 74). Al mismo tiempo es necesario resaltar que esta

depresión a la que se refiere Lerude hace referencia sin lugar a dudas a la tristeza en tanto es "la expresión de un duelo, de las promesas no cumplidas, el duelo de las figuras parentales" (2008, p. 20) "las figuras de autoridad que habían podido, durante la infancia, ocupar este lugar del Otro, encarnarlo, están desalojadas, destituidas –por ellas mismas o por el adolescente" (Lerude, 2016, p. 48). Sin embargo, resulta un paso necesario y estructurante, lo que supone que la depresión en la adolescencia tiene un carácter constitutivo.

Lerude no se detiene aquí, ella subraya cómo a partir del momento en que el adolescente constata que ese lugar del Otro es en realidad un lugar que está vacío, "en el que no hay nadie […] y, sin embargo, el sujeto sigue dirigiéndose a ese lugar Otro" (2008, p. 36) es muy probable observar una alternancia entre la depresión y lo que ella denomina como actuares[14] entre los cuales distingue: los pasajes al acto, la oposición, la inhibición y, los *acting-out*. En este orden de ideas, para esta autora, los actuares están siempre relacionados, dirigidos hacia quienes ocupaban el lugar, Otro en tanto real y, asimismo "están también agarrados a esa relación simbólica con los otros, están en una dependencia con el imaginario" (2008, p. 68).

Es importante recalcar que estos actuares pueden ser valorados como *acto* debido a la invención del adolescente y a la intervención que tiene lugar en el encuentro con un clínico; puesto que, su intervención propiciaría la oportunidad de darle "crédito al adolescente de una capacidad de invención subjetiva singular, para poder responder al impase específico" (Lerude, 2008, p. 74).

La especificidad de las interrogantes clínicas actuales que se desprende inmediatamente del encuentro del adolescente con la barradura del gran Otro suscita detenerse y poner atención para intentar reconocer de qué se tratan cada una de estas manifestaciones sintomáticas en la adolescencia.

Así pues, con respecto al *acting-out*, Forget en su texto "El adolescente enfrentado a sus actos y a los otros" dice que es "una puesta en acto de una palabra recusada. [Esto es] lo que el sujeto no puede decir, lo pone en escena" (2005, p. 24). Da cuenta da la dificultad del sujeto para reconocer – aunque sea por un breve instante – la división propia

[14] Lerude define en 2008 a los actuares en el contexto de manifestaciones sintomáticas y no en el contexto freudiano de síntomas.

del lenguaje, y subrayando la importancia de respetar el *acting-out* del sujeto para evitar precipitarlo al pasaje al acto. En este mismo contexto Lerude puntualiza que:

> no hay ni demanda ni dirección de parte del sujeto, pero efectivamente hay otro que va a interpretar [el *acting-out*] como un sufrimiento. […] Con frecuencia es ese otro el que va a pedir ayuda para el adolescente, por ejemplo, es un profesor que intervendrá y que solicitará una consulta, un educador o alguien que habrá visto lo que el adolescente muestra y de lo cual él no sabe nada (2008, p. 67).

Con relación a los pasajes al acto, Martine Lerude expone que se trata del momento en el cual:

> el sujeto se excluye de la escena, se eyecta de un lugar que le es insoportable porque no tiene la posibilidad de hacerse reconocer y esa posibilidad puede incluso serle denegada. El paso al acto es, por ejemplo, la fuga, es también el salto por la ventana, salir de la escena en la cual uno estaba atrapado. El suicidio también es un paso al acto, pero no solamente es eso sino, también, la salida de la escena en la cual se estaba atrapado (2008, p. 67).

Por su parte Forget, añade:

> La condición de la palabra, la condición para que un sujeto pueda decir "yo" *[je]* es que su lugar sea reconocido, que su lugar sea legitimado, que un espacio le sea dado para que pueda manifestar su diferencia. Es una condición necesaria en el cimiento de la subjetividad, así no sea suficiente, porque cuando está realizada, el sujeto encuentra los peligros, las dificultades de su articulación al simbólico (2005, p. 32).

Lo antedicho reseña bastante bien la importancia de la palabra para el sujeto, y en la adolescencia parece ser justamente aquella – la palabra– lo que falla cuando se observa que el adolescente pasa al acto, es decir, "al sujeto le falta un lugar legítimo para manifestarse" (Forget, 2005, p. 32). De modo tal que "el adolescente se lanza, se propulsa *fuera de escena* […] pretendiendo así hacer surgir un vacío, una brecha que sería la garantía de un lugar y de una inscripción posible (Forget, 2005, p. 32). De este modo este autor hace notar que el pasaje al acto se produce en el momento en el cual el sujeto no encuentra otra salida más que "introducir en el real un lugar que simbólicamente le hace falta" (2005, p. 32).

La oposición es una de las manifestaciones que puede describirse como la más clásica en la adolescencia, pues ser adolescente es ser rebelde según el imaginario social.

Sin embargo, esto no significa que no se deba reconocer como manifestación sintomática del sujeto adolescente, hay que poner bastante atención y evitar pasarla por alto. Este *actuar* tiene que ver con una escena que, si bien preexiste al sujeto adolescente, él se sitúa en ella también como un actor que va a buscar apoyarse en el otro en tanto semejante y así referirse "a la demanda del Otro para decirle no, [es decir] es un impase imaginario que pone en juego la constitución narcisista del yo" (Lerude, 2008, p. 67). No obstante, hay que tener en cuenta

> Para que haya oposición es necesario que en la escena familiar haya padres de carne y hueso y que tomen la palabra y digan: "espero eso de ti", a lo cual el sujeto responde: "No. Puedes esperar sentado". En la oposición efectivamente el adolescente puede decir a sus padres: "realmente no tengo necesidad de ustedes", pero es necesario que ellos estén ahí, para que se les pueda decir, porque es particularmente difícil si no hay nadie para decirle que no se tiene necesidad de él (2008, p. 67).

Asimismo, Forget subraya que el adolescente no compromete nada de sí mismo, "solo el freno de su narcisismo" (2005, p. 19); la oposición no tiene la estructura de un síntoma, se define más bien como una posición de segundo orden en relación al otro, en tanto "el adolescente se apoya sobre lo que el otro manifiesta. La única consistencia comprometida es la del otro" (2005, p. 20). Además, el autor observa que la oposición se presenta para el adolescente como el soporte de "una experiencia de suficiencia ilusoria, lejos de las incertidumbres, de los tanteos vinculados a las búsquedas de su propia vida" (2005, p. 20).

> La oposición demuestra que la investidura de los padres es lo suficientemente preponderante para que el adolescente no pueda autorizarse a la afirmación de sus propias marcas, de sus propias elecciones. Tiene cuidado de despertar en el adulto un sufrimiento, una decepción o una herida de la que no tiene consciencia crítica. […] El único margen de maniobra del adolescente resulta ser la oposición, «estar contra», es decir, no consentir, con el mínimo de manifestación de sí mismo, a lo que el otro exige sin respeto de su identidad (Forget, 2005, p. 20-21).

A modo de cierre, como indica Lerude la salida de la adolescencia es posible en cuanto el sujeto ha conseguido establecer una nueva relación con el Otro, es decir, el paso ideal de la adolescencia supone lograr pasar de un gran Otro

> representado y encarnado hacia un gran Otro constituido como un conjunto abierto en el sentido matemático, a partir del cual el sujeto va a constituir su subjetividad con la

> condición de consentir, de aceptar la incertidumbre, la ausencia de respuesta y de soportar solo lo que le pasa a él (Lerude, 2008, p. 34-35).

Es cierto, para el adolescente ya no existe Otro capaz de indicarle su lugar en el mundo, ni mucho menos hay Otro que pueda darle las pautas de lo que él o ella – en tanto sujeto del lenguaje – debe hacer para ser el buen hombre o la buena mujer; ni tampoco encuentra en el Otro la respuesta que le diga cuál es el buen goce. A partir de ahora, el sujeto "tendrá que autorizarse en un mundo sin garantía. Autorizarse quiere decir hablar en nombre propio" (Lerude, 2008, p. 83).

> El sujeto debe apoyarse en la diferencia (la alteridad) y hacer la prueba de la lengua que él no habla, del sexo que no tiene, del goce que no es el suyo, del saber que él ignora. Es a imagen de sus semejantes (los pequeños otros) que él puede constituir su yo (*moi*), y es con el riesgo de la diferencia (la alteridad) que él se situará como sujeto en una relación con otro infinito, abierto, que se escribe con una barra sobre el A (2008, p. 93-94).

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

4.1 Conclusiones

El trabajo que se ha venido realizando desde la teorización psicoanalítica a través de estas páginas permite escribir las siguientes conclusiones:

- El primer estudio exhaustivo sobre el término adolescencia dentro del campo de la psicología fue realizado por Stanley Hall en 1904 en Estados Unidos. Influenciado por el movimiento literario alemán, consideró que la adolescencia debía ser entendida como aquel periodo de metamorfosis de tormenta y estrés [Sturm and Drang] que sucedía entre los 14 y 24 años de edad antes de la adultez.
- La antropóloga Margared Mead no estuvo de acuerdo con la propuesta de Stanley Hall y llevó a cabo una investigación en la isla de Samoa, donde había otro contexto muy diferente al norteamericano. Dicha investigación le permitió concluir a diferencia de Hall que la adolescencia "no es necesariamente un periodo de tensión y conmoción, sino que las condiciones culturales la hacen así" (1939, p. 217).
- La adolescencia no es un concepto psicoanalítico, sin embargo, el psicoanálisis introduce una lectura diferente que se propone más allá de describir la adolescencia como una franja etaria propia del desarrollo evolutivo del ser humano. En este sentido, Freud en "Las metamorfosis de la pubertad" (1905) distingue la importancia de los cambios que se producen en íntima relación con la vida psíquica. Así aclara que el trabajo de la pubertad no sucede únicamente a nivel biológico – preparar el cuerpo para la reproducción – sino que también tiene que ver con el "desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores" (p. 207). Lo que invita a poner atención en el complejo de Edipo y en consecuencia en el complejo de castración; puesto que no será igual para el varón y la mujer. La perspectiva de Lacan conserva el término de metamorfosis para referirse a la adolescencia y agrega que se trata de una metamorfosis libidinal (1948).
- Para Martine Lerude, la concepción lacaniana que supone que la adolescencia es una metamorfosis libidinal debe traducirse o comprenderse como un tiempo lógico en el cual se vive una crisis de carácter subjetivo, es decir, da cuenta de una ruptura – antes y después, ya no es un niño, pero todavía no es un adulto – en la posición del sujeto del inconsciente en relación al gran Otro que se manifiesta de un modo particular para los adolescentes, según su propia invención subjetiva.

- Con Lacan se planteó que el término del gran Otro es construido y reconstruido constantemente no solo durante los años de su enseñanza sino también en la construcción del sujeto. En el contexto teórico de la introducción del esquema óptico, el gran Otro – que dirige el espejo plano – adquiere un papel fundamental dado que permite que el niño aprehenda su imagen en el espejo como propia, se construye un yo, porque hay un Otro – como matriz simbólica – que está allí para reconocer, para reafirmar que se trata de su imagen, aunque sea una imagen especular *i'(a)*: "ese eres tú".
- Con respecto al circuito de la palabra, se adelanta la articulación de la producción de una pregunta con dirección hacia el gran Otro en torno a la función de la palabra, ya que la palabra llama siempre a una respuesta. La palabra apunta aquí, como en el juego del *fort-da*, a la presencia, que también es ausencia, del gran Otro en tanto que él – como campo de lenguaje – es el único garante de la función de la palabra. Lacan traza el esquema L para comprender mejor esto, manifestando que, si bien el yo del sujeto supone que se dirige a un otro, su palabra se dirige más allá, hacia el gran Otro. Aquí el Otro es todavía absoluto, por tanto, puede garantizar la verdad del sujeto. Asimismo, se anotó a partir de este esquema L, que la constitución del sujeto va a estar condicionada por los modos en que se produzca la estructura del lenguaje, la estructura del inconsciente que es el discurso del gran Otro.[15]
- Las elaboraciones freudianas del complejo de Edipo y del complejo de castración son retomadas y continuadas por Lacan teniendo en cuenta que su función es fundamental para la constitución del sujeto de la palabra, del sujeto del inconsciente; por tanto, se anotó que ambos complejos no se contraponen, se dialectizan y organizan en relación a la primacía del falo.
- De allí se señala con Lacan que el complejo de Edipo, se desarrolla en tres tiempos lógicos, que muestran que se trata de una operación simbólica que articula a partir de la metáfora paterna el deseo del sujeto como deseo del deseo del Otro. Además, fue importante para puntualizar que el papel que ocupa la castración es importante en tanto que promueve la identificación que se produce con la instancia paterna correspondiente a su vez a la formación del Ideal del Yo que es lo vehiculiza la salida del complejo de Edipo.

[15] Véase el apartado 2.2.1 El circuito de la palabra y el esquema L

- El Otro es ese lugar desde donde el sujeto se plantea la pregunta por su existencia, el sujeto interpela al Otro, y encuentra que no hay Otro del Otro, es decir, se topa con el significante de una falta en el Otro S(Ⱥ) que marca al mismo tiempo su propia tachadura *$*. No obstante, la configuración particular del fantasma (*$◊a*) es lo que puede servir como soporte imaginario al sujeto frente a S(Ⱥ).
- La articulación de la adolescencia y el término lacaniano: gran Otro –en el punto en que este recorrido permite introducir S(Ⱥ)– abrió el camino para platear en este trabajo una lectura de la operación de vaciamiento a partir del trabajo de Martine Lerude sobre La cuestión del Otro en la adolescencia en donde se refiere al vacío del Otro como constitutivo.
- Para situar los efectos constitutivos del vacío para el sujeto en psicoanálisis, fue importante revisar la cuestión de la negatividad desde los apuntes de la filosofía. A partir de Hegel se sabe que la negatividad es una acción fundamental que debe ser entendida como una acción creadora propia de una supresión-dialéctica. Por su parte Heidegger, permite pensar en el vacío que, si bien es inaprensible, constituye lo operante en cuanto es precisamente el vacío lo que da cuenta de que existe un lugar posible ocupar; esto adelanta la referencia sobre la estructura simbólica: presencia-ausencia.
- Estos apuntes filosóficos sobre la negatividad encuentran una estrecha articulación en las formulaciones lacanianas que remiten a la falta, la castración, la barra (o barradura), la cosa, el objeto a, el vacío, puesto que son nociones psicoanalíticas que dan cuenta de su valor estructural en la constitución del sujeto deseante.
- Martine Lerude distingue el Otro a partir de los tres registros, así expone que el Otro real tiene que ver con los padres o con aquellas figuras de cuidado, aunque según la literatura psicoanalítica es la madre quien aparece como el Otro primordial. En cuanto el Otro simbólico anota que se trata del lugar en donde si bien no hay nadie, es el depositario de las referencias simbólicas; y el Otro imaginario para decirlo con Freud tiene que ver con la novela familiar construida durante la época infantil, es decir, en la adolescencia se trata de la añoranza de las figurantes parentales imaginarizadas durante la infancia.
- La adolescencia parece ser ese tiempo en el que se pone a prueba – en mayor medida– la dificultad que deviene de las fallas que se producen de la relación del

sujeto del Otro. Esto es importante en especial para tomar en cuenta que la operación que se denomina como vaciamiento del Otro en la adolescencia, se trata justamente del momento en que el adolescente se tropieza con el hecho de que el gran Otro está también marcado por la barra, es decir, es Ⱥ. Lo antedicho permite decir que el vaciamiento del Otro debe ser comprendida como una operación necesaria para la constitución del sujeto puesto que va a dar lugar a la pregunta por el deseo.

- Fue importante también preguntarse ¿qué es la autoridad? Y, fue posible decir a partir de Kojève, en primera instancia, que para que haya autoridad es necesario que existan al menos dos, es decir, se produce en un orden simbólico. Asimismo, menciona que para ejercer la autoridad no hay que hacer nada, existe en tanto es reconocida por quienes la experimentan. El pensamiento de Marx, permite reconocer que la autoridad no existe en tanto entidad por lo cual no es posible que desaparezca; lo que en cambio sí es posible que desaparezcan, que cambien, según este autor, son las ideas construidas sobre la autoridad en tanto imaginarias. Adicionalmente, con Lacan se anotó que la autoridad corresponde a la autoridad de la palabra – de la palabra que puede decir la verdad del sujeto – por lo tanto, no puede desligarse de las operaciones constitutivas del sujeto. Del mismo modo, es posible decir con este autor que tiene que ver con la Ley del significante.
- Si bien no es posible escribir cuál es el modo de respuesta del adolescente frente a S(Ⱥ). Se describió algunas posibles modalidades que han encontrado los adolescentes para responder a este vaciamiento. Entre las cuales según Lerude se producen actuares (la oposición, el acting out, el pasaje al acto, la inhibición) que justamente están dirigidos hacia el Otro, hacia quienes ocuparon hasta ahora el lugar Otro. Por otro lado, la autora señala que es posible que exista una alternancia entre dichos actuares y también una depresión que no es lo mismo a una melancolía, de hecho es importante anotar que es una modalidad de respuesta transitoria que tiene que ver con "una expresión de un duelo, de las promesas no cumplidas" (Lerude, 2008, p. 20).
- Finalmente, a partir del trabajo de Lerude se puede concluir que la salida de la adolescencia será posible en el momento en que el sujeto – apoyado en la diferencia, en el vacío que supone el lugar del Otro – se compromete en su deseo, esto tiene que ver, con que se autorice para hablar en nombre propio.

4.2 Recomendaciones

A continuación, se escriben posibles caminos metodológicos, teóricos y clínicos:

El tipo de metodología utilizado para este estudio fue de tipo teórico-bibliográfico por lo que sus límites se enmarcan en los trabajos que existen desde la teorización psicoanalítica, mayormente escrita en otros contextos. Se sugiere acompañar los próximos trabajos con experiencias clínicas de profesionales que realicen su práctica clínica con adolescentes dentro del contexto de nuestro país.

En cuanto las limitaciones en la elaboración teórica, se plantea para profundizar la investigación revisar los desarrollos teóricos sobre adolescencia de otros autores como por ejemplo Anna Freud (1992) particularmente "Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente", o también de Philippe Gutton su trabajo "Lo puberal" (1993).

Asimismo, tomando en cuenta las problemáticas que se están presentando hoy para los adolescentes, sería importante que estudios posteriores incluyan en su reflexión los aportes que otros enfoques teóricos como los derechos humanos, la perspectiva de género y las políticas de salud publica pueden contribuir en la clínica con adolescentes.

BIBLIOGRAFÍA

Aberastury, A. y Knobel, M. (1989). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico.* Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Aguirre, M. (2008). *Objeto y destino subjetivo.* Quito. Inédito.

Arnett, J. J., & Cravens, H. (2006). *G. Stanley Hall's Adolescence: A centennial reappraisal: Introduction* (Vol. 9, No3, p. 165). Educational Publising Foundation

Bembibre, C. (2009). Definición de Circuito. Definición ABC. Recuperado de: https://www.definicionabc.com/general/circuito.php

Ben-Amos, I. K. (1995). Adolescence as a cultural invention: Philippe Aries and the sociology of youth. History of the Human Sciences, 8(2), 69-89.

Berenguer, Marta. (2018). Breve comentario al Apartado I de Función y campo. Recuperado de: http://www.scb-icf.net/nodus/contingut/article.php?art=631&rev=70&pub=1

Bohman, J. (2004). Verstehen. En R. Audi (edit.) Diccionario de filosofía AKAL. Ediciones Akal. SA Madrid. España.

Braunstein, N. (2005). *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan).* México DC: Siglo XXI Editores.

Capetillo Hernández, J. (1991). El Otro, lugar de deseo y de goce. Veracruz: Universidad Veracruzana, 26, 353-363.

Carbajal, E., D'Angelo, R., & Marchilli, A. (1986). Una introdución a Lacan. Buenos Aires: Editorial

Chemama, R. (1995). Diccionario del psicoanálisis. Diccionario actual de los significantes, conceptos y maternas del psicoanálisis. Larousse: Argentina

Claes, M. (1986). *L'expérience adolescente.* Bruxelles: Mardaga

Coleman, J. C., & Hendry, L. B. (2003). *Psicología de la adolescencia.* Ediciones Morata.

Corominas, J. (1973). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* (Vol. 3). Madrid: Gredos.

Corominas, J. (1987). *Diccionario critico etimológico castellano e hispánico:* A-C. Ed. Gredos.

Czermak, M. (2001) ¿Podríamos hablar de psicosis social?. Recuperado de: https://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/paginas/debate148.htm

da Conceição Taborda-Simões, M. (2005). L'adolescence: une transition, une crise ou un changement?. *Bulletin de psychologie*, (5), 521-534. Recuperado de: https://www.cairn.info/revue-bulletin-de-psychologie-2005-5-page-521.htm

Darmon, Marc. (2008). Ensayos acerca de la topología lacaniana. Argentina: Letra Viva

Dissez, N. (2004). Le lieu, une porte d'entrée dans la clinique psychanalytique par Nicolas Dissez. Recuperado de: http://www.ali-provence.com/thema/a-marseille-un-samedi-avec-2/le-lieu-une-porte-d%E2%80%99entree-dans-la-clinique-psychanalytique/

Dolto, F. (1989). *Palabras para adolescentes o el Complejo de la langosta.*

Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes. El verdadero lenguaje para dialogar con los jóvenes.* Barcelona: Editorial Seix Barral, S. A.

Evans, D. (1997). Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. In Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano (pp. 217-p).

Ezquerro, A. (2017). *Encounters with John Bowlby.* New York: Routledge.

Fernández Durán, E. M., & Urriolagoitia, G. (2019). La función del deseo en la primera enseñanza de lacan para el psicoanálisis de orientación lacaniana. Ajayu Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología UCBSP, 17(2), 387-423.

Fize, M. *¿Adolescencia en crisis?: Por el derecho al reconocimiento social.* México: Siglo XXI

Flesler, A. (2007). *El niño en análisis y el lugar de los padres.* Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Forget, Jean Marie. (2005). *L'adolescent face à ses actes … et aux autres. Une clinique de l'acte.* Éditions érès.

Forget, Jean Marie. (2008). La depresión en la adolescencia. En *Actualidades del psicoanalisis en el niño y el adolescente.* Texto traducido por Tania Roelens. Inédito.

Forget, Jean-Marie. (2012). Fantasme et adolescence. Recuperado de: https://www.cairn.info/revue-la-revue-lacanienne-2012-1-page-129.htm

Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. *En Obras Completas Vol. I.* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1895/1992). Proyecto de psicología. En S. Freud. Obras Completas Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1896). Carta 52. *En Obras Completas Vol. I.* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1896/1959). Aus den Anfängen der Psychoanalyse : Briefe an Wilhelm Fliess, Abhandlungen und Notizen aus den Jahren 1887-1902. London: Imago

Freud, S. (1896/2008). Carta del 6 de diciembre, (carta 52) 1896. En S. Freud. Cartas a Wilhelm Fliess. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1897/2008). Carta del 15 de octubre, (carta 71) 1897. En S. Freud. Cartas a Wilhelm Fliess. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1897/2008). Manuscrito N. En S. Freud. Cartas a Wilhelm Fliess. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En S. Freud. Obras Completas. Tomo V. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *En Obras Completas Vol. VII.* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1908/1992). La novela familiar de los neuróticos. En S. Freud. Obras Completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1912). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II). *En Obras Completas Vol. XI.* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915-1916/1991). 13 Conferencia: Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño En S. Freud. Obras Completas. Tomo XV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1920). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. *En Obras Completas Vol. XIII.* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1923). La organización genital infantil. *En Obras Completas Vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1923/1991a). El Yo y el Ello. En S. Freud. Obras Completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1923/1991b). La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad). En S. Freud. Obras Completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. *En Obras Completas Vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1924/1991). El sepultamiento del complejo de Edipo. En S. Freud. Obras Completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. *En Obras Completas Vol. VII.* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1925/1991). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En S. Freud. Obras Completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Grippo, Jorge. (2012). *La falta*. Recuperado de: https://www.psiconotas.com/falta-395.html

Hales, R. E., Yudofsky, S. C., & Gabbard, G. O. (2012). Tratado de psiquiatría clínica. En *Tratado de psiquiatría clínica* (pp. 1819-1819).

Hall, G. S. (1904). *Adolescence: Its Psychology and Its Relations to Pshysiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, R.* Bibliolife, Llc.

Hébrard (ed.). *La crisis de la Adolescencia*. Barcelona, Madrid: Gedisa.

Heidegger, Martin. (1950/1994). *La Cosa.* Recuperado de http://www.ub.edu/las_nubes/archivo/uno/wunderkammer/Texto/Filosofia/La%20Cosa.htm

Kojève, A. (1933-1939/2013). *Introducción a la lectura de Hegel*. Editorial Trotta, SA.

Kojève, A. (1942/2006). *La noción de autoridad*. Buenos Aires: Nueva Visión

Kripper, A. (2011). La autoridad en Kojève y la otredad en Lacan. Fundación de Ciencias Empresariales y Sociales (FUCES).

Lacan, J. (1948). La agresividad en psicoanálisis. En *J. Lacan, Escritos I.* México: Siglo XXI

Lacan, J. (1949/2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan. Escritos 1. México: Siglo XXI

Lacan, J. (1950). Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología. En *J. Lacan, Escritos I*. México: Siglo XXI

Lacan, J. (1953). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. En *J. Lacan, Seminario 10: Los nombres del Padre.*

Lacan, J. (1954-55/2008). El Seminario. Tomo 2: El yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1955-1956/2009). Una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En J. Lacan. Escritos 2. México: Siglo XXI

Lacan, J. (1956/2009). Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956. En J. Lacan. *Escritos 1*. México: Siglo XXI

Lacan, J. (1956-1957/2008). *El Seminario. Tomo 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1957/2009). La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud. En J. Lacan. *Escritos 1*. México: Siglo XXI

Lacan, J. (1957-1958/2010). El Seminario. Tomo 5. Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1957-58/2010). El Seminario. Tomo 5. Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1958/2009). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En J. Lacan. Escritos 1. México: Siglo XXI

Lacan, J. (1958-1959/2015). El Seminario. Tomo 6. El deseo y su interpretación. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1958-1959a). Seminario 6. El deseo y su interpretación. Clase 20: 13 de Mayo de 1959 (Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires a cargo de R. Rodríguez Ponte). Inédito.

Lacan, J. (1958-1959b). Seminario 6. El deseo y su interpretación. Clase 21: 20 de Mayo de 1959 (Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires a cargo de R. Rodríguez Ponte). Inédito.

Lacan, J. (1959-60/2007). El Seminario. Tomo 7. La Ética del Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1960/2009). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En J. Lacan. Escritos 2. México: Siglo XXI

Lacan, J. (1962-1963a). *Seminario 10. La angustia. Clase 5* (Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires a cargo de R. Rodríguez Ponte). Inédito.

Lacan, J. (1962-1963b). *Seminario 10. La angustia. Clase 14* (Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires a cargo de R. Rodríguez Ponte). Inédito.

Lacan, J. (1962-1963c). *Seminario 10. La angustia. Clase 9* (Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires a cargo de R. Rodríguez Ponte). Inédito.

Lacan, J. (1962-63). Seminario 10. La angustia. (Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires a cargo de R. Rodríguez Ponte). Inédito.

Lacan, J. (1964). *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.*

Lacan, J. (1964/2010). El Seminario. Tomo 11. Los cuatro Conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1965-1966). La ciencia y la verdad. En *J. Lacan, Escritos II*. México: Siglo XXI

Lacan, J. (1971). *Discurso de Tokio*. (Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires a cargo de R. Rodríguez Ponte). Inédito.

Lacan, J. (1972-1973/2008). *El Seminario. Tomo 20. Aun*. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1975). *Seminario 20: Aun.* Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Landman, Claude. (2007). Le dessin de la structure. Freud et Lacan par l'Association lacanienne internationale. Recuperado de: https://www.freud-lacan.com/getpagedocument/6837:

Lecman, T. P. (2009). La otra escena del mundo. Recuperado de: https://www.elsigma.com/. https://www.elsigma.com/columnas/la-otra-escena-del-mundo/11895

Lerude, M. (2008). Anillados de la Letra (Encuentro EPL-Martin Lerude). Quito: Alianza Francesa y PUCE.

Lerude, M. (2016). El objeto a en la adolescencia. En I., Sánchez. *Las preguntas sobre el objeto*. Quito: Rayuela

Mannoni, O. (1984) ¿Es analizable la adolescencia?. En *O. Mannoni, A. Deluz, B. Gibello, & J. Hébrard.(ed.), La crisis de la adolescencia.* Barcelona: Gedisa.

Marcelli, D., & Braconier, A. (2005). *Psicopatología del adolescente.* Barcelona: Masson

Marx, K. (2004). *Tesis sobre Feuerbach*. El Cid Editor.

Marx, K., & Engels, F. (1932/2015). *La ideología alemana*. Ediciones Akal.

Mead, M. (1939). *Adolescencia y cultura en Samoa.* (Vol. 47). Grupo Planeta (GBS).

Melman, Charles. (2005). *El hombre sin gravedad.*

Melman, Charles. (2014). *Y a-t-il une bonne autorité ?* CAIR.INFO Matières à réflexion. Recuperado de: https://www.cairn.info/publications-de-Charles-Melman--2010.htm

Ortiz Heredia, D. A. (2021). *Inversión de la melancolía en paranoia en la psicosis*. PUCE.

Paola, Daniel. (2016). *Transadolescencia.* Buenos Aires: Letra Viva

Papalia, D. E., Olds, S. W., & Feldman, R. D. (2007). *Human development.* McGraw-Hill.

Peñaloza Román, D. E. (2016). *Análisis de la estructuración del cuerpo en las psicosis. Estudio realizado desde la teoría psicoanalítica* (PUCE).

Recalcati, M. (2003). Clínica del vacío. *Anorexias, dependencias, psicosis. Buenos Aires: Síntesis Editor*.

Rousseau, J. J. (1982) *El Emilio.* Madrid: Edaf.

Sauret, M. J. (2018). ¿Existe el Otro?. Pedagogía y saberes, (48), 163-178.

Senplades. (2017). *Plan Nacional de Desarrollo 2017-2021. Toda una vida.* Ecuador

The National Archives. (2020, 15 de octubre). *1833 Factory Act.* Recuperado de: https://www.nationalarchives.gov.uk./education/resources/1833-factory-act

UNICEF. (2006). *Convención sobre los derechos del Niño*. Madrid: Nuevo Siglo

World Health Organization. (2015, 1 de diciembre). *Desarrollo en la Adolescencia.* Organización Mundial de la Salud. Recuperado